

# LA BIBLIOTECA DE BUENOS-AIRES

---

*Paulatim crescamos.*

## I

La Biblioteca pública de Buenos-Aires, hoy Biblioteca Nacional, fué creada por decreto de la Junta Gubernativa de las provincias del Río de la Plata, el 7 de septiembre de 1810, á inspiración de su ilustre secretario, el doctor don Mariano Moreno.

Nuevo en absoluto, no lo era sin duda el proyecto de tan benéfica institución. Desde 1796, el obispo de Buenos-Aires, don Manuel Azamor y Ramírez, fallecido en ese mismo año, había legado por testamento su « famosa y costosa biblioteca á favor de su Santa Iglesia y de la pública educación y enseñanza » (1). Hasta parece que el propio local, en que más tarde se instaló y funciona todavía, fuera designado por el progresista virrey Vértiz, al anunciar en su amplia Memoria de 1784, que, con caudales procedentes de las temporalidades, se estaban construyendo « con solidez permanente, varios edificios en el apreciable sitio que servía de huerta al Colegio de San Ignacio » (2). Entre dichos edificios, todos de índole edu-

(1) BIBLIOTECA NACIONAL, Manuscritos del Dr Segurola.

(2) REVISTA DEL ARCHIVO DE BUENOS-AIRES, tomo III.

tiva, figuraba naturalmente el de una biblioteca anexa al Colegio de San Carlos y la ya proyectada Universidad. Colecciones de obras en las escuelas y claustros, las hubo siempre, manuscritas ó impresas, desde la edad media, como que los libros son la misma materia didáctica. La idea propia de Moreno, es el destino popular de la institución, independiente de todo vínculo universitario.

Después de germinar obscuramente por cerca de diez años, la iniciativa del obispo Azamor brotaba al fin en el árido suelo colonial, cuando la invasión inglesa de Beresford (1) detuvo bruscamente su desarrollo. Los años que siguieron, todos de tanteo crepuscular, de gestación inconsciente de la Independencia, eran sin duda los menos propicios para semejante realización. Representábase ya el prólogo del drama americano, á dos mil leguas de su verdadero escenario, no siendo aún más que lejanos espectadores sus futuros protagonistas. Por otra parte, hubiera faltado ahora todo apoyo administrativo para una institución de suyo emancipadora y subversiva de los abusos reinantes... ¡ Ya no eran los tiempos de Carlos III y Vértiz, y los hacendados de Buenos-Aires, por boca de su elocuente tribuno, se veían precisados á enseñar las liberales doctrinas de Jovellanos y Campomanes á sus indignos sucesores !

Estalló el movimiento de Mayo, próximo precursor de la Independencia. Instalada en la Fortaleza colonial, la primera Junta de gobierno acometió la magna empresa de irradiar su propaganda por la razón y por la fuerza hasta los confines del virreinato. ¡ Ardua situación, tan compleja en sus elementos nativos cuanto confusa en su alcance real ! Tan al sesgo se abordó el problema revolucionario, que la obra de emancipación se inauguró con un acto de feudo homenaje á Fernando VII, al rey fantasma que, desde Valençay, felicitaba al intruso José por su usurpación. Antes

(1) Tal es decididamente la ortografía correcta, no *Berresford*. Tampoco era *lord* cuando la conquista : fué creado par en 1814, después de la batalla de Toulouse. Walter Scott ha celebrado su heroísmo (VISION OF DON RODERICK) :

*Shivered my harp, and burst its every chord,  
If it forget thy worth, victorious BERESFORD !*



que vencer las resistencias externas, era urgente convencer las ignorancias y egoísmos internos, buscando un primer punto de apoyo en el obstáculo. Por desvalida que se encontrara la Junta, en punto á organización, armas y dinero, parecía aún más desprovista de experiencia política. Desconocida en Córdoba, rechazada en el Paraguay, resistida en Montevideo y atacada por el extremo norte; viviendo al día, de donaciones patrióticas y requisiciones, tenía que improvisarlo todo, desde sus generales sacados del bufete, hasta sus estadistas, salidos algunos de un claustro provincial. Sin plan deliberado ni, á tenerlo, recursos aparentes para cumplirlo; igualmente destituida de ascendiente en las provincias y de prestigio exterior; con el enemigo en la frontera abierta, la asonada en la calle y la anarquía latente en sus propias entrañas: — entonces, esa Junta inexperta encontró tiempo para decretar y realizar la erección de una biblioteca pública. — Eso es admirable. Y más elocuentes que todos los panegíricos, me aparecen esas pobres páginas amarillentas de la *Gaceta de Buenos-Aires* que nos enseñan, entre un oficio enérgico contra la insurrección de Montevideo y la lista de donativos para el ejército « de la patria » — ¡ tan conmovedores algunos en su ingenuidad ! — la designación de Fray Cayetano Rodríguez y don Saturnino Segurola para bibliotecarios, y del doctor Mariano Moreño como protector de la naciente institución. — « Para bibliotecas estamos ! » murmurarían sin duda los espíritus superficiales, los « filisteos » miopes que en todas partes y en todo tiempo forman las mayorías: los antecesores de los « prácticos » de hoy, que se encogen de hombros cuando se les repite que la crisis presente, verdadero marasmo político y social, no es en el fondo sino un problema de educación !

El verdadero y único fundador de la Biblioteca cumplía treinta y un años en esos mismos días (1); sabido es que murió en el mar,

(1) Nació en Buenos Aires, el 3 de septiembre de 1779, según su hermano y biógrafo; el 23 de septiembre de 1777, según el « editor » de Londres y el Dr Juan M. Gutiérrez; en 1778, según otros. La primera fecha es la más probable.

el 4 de marzo del año siguiente. En sus ocho meses de vida pública, sin otro puesto gubernativo que el de secretario de la Junta, llegó á ser y queda para la posteridad la figura civil más descollante de la Revolución. — Ciertos próceres de la Independencia surgieron con el prestigio del rango social ó la fortuna ; se apoyaron otros en el cordial compañerismo de la juventud ó trajeron al poder la autoridad moral de su carrera completada en Europa ; algunos, por fin, habían ceñido la espada y ostentaban la belleza varonil, el aspecto marcial y el valor brillante que seduce á las muchedumbres. Moreno pertenecía á una familia honorable, pero modesta y pobre ; su salud fué siempre delicada y su persona enfermiza ; no había viajado sino al Alto Perú ni conocido más capital extranjera que Chuquisaca, donde entre sacrificios pasó su escasa juventud y se graduó en ambos derechos.

Vuelto á su patria y establecido como abogado, á principios del siglo, conquistó rápidamente un puesto honroso en el foro, por su moralidad intachable y sus aptitudes jurídicas. Pero el éxito profesional no da sino un lustre casero. Su célebre defensa del gremio pastoril, en 1809, fué un acto público y una revelación. Como apoderado de los hacendados del Río de la Plata, dirigió al virrey Cisneros esa memorable *Representación*, verdadera Carta fundamental de las franquicias coloniales, si no comparable por la firmeza del estilo y la nitidez de la exposición al clásico *Informe sobre la ley agraria*, de Jovellanos, no indigna de éste, sin duda alguna, por el vigor apremiante y eficaz de la argumentación. Fué nombrado, con el doctor Passo, secretario de la Junta gubernativa, en la histórica tarde del 24 de mayo de 1810 ; y nos dice su hermano que estuvo paseándose en su habitación, perplejo y pensativo, en esas horas consejeras de la noche, antes de admitir el cargo cuyas responsabilidades nadie mejor que él podía medir... Joven aún, sin ambición mezquina, con una esposa traída del extranjero é hijos pequeños que á esa hora dormían tranquilos en el cuarto vecino, la vida le sonreía á la sombra apacible del hogar. Pudo

« trepidar » un momento, como él dijera, entre el mandato más alto y el llamado más imperativo, entre la patria y la familia, entre la gloria y la felicidad ; acaso oyó también vibrar en su alma atribulada la queja de la carne humana que, hace dos mil años, acompaña todo aceptado sacrificio : *Transfer calicem huñc a me...* Pero, es seguro que si vaciló antes, fué para no tener que vacilar después.

Desde entonces, en efecto, fué adelante sin desviarse un punto de su rumbo inicial, abriendo esa senda inflexible que fué la traza del camino de la Revolución, derribando á su paso cualesquiera obstáculos, hombres ó cosas, con una lógica imperturbable y terrible. Ora se tratase de refrenar las veleidades ambiciosas de Saavedra, ora de decidir sobre la suerte de los conspiradores de Córdoba, caía de su boca austera la sentencia del patriotismo y del deber. ¡ Duro deber, no pocas veces ! En las resoluciones de la Junta, era su voto decisivo : y votó por la muerte de Liniers y sus cómplices, « sin frase », según la fórmula atribuida á Sieyès. No aseguro que la cruel sentencia no haya sido un crimen ; en todo caso no fué un error. Esa primera sangre vertida borró el pacto colonial ; equivalió á un programa, siquiera negativo. Todo podían ser ya las provincias del Plata, menos un virreinato y una colonia española. Con la actitud inexpiable de Castelli y la ejecución de la Cruz Alta, la Junta revolucionaria había pasado el Rubicón. Ya era tiempo de principiar en Suipacha la epopeya que acaba en Junín (1).

La breve carrera política de Moreno tiene la rapidez y rectitud del rayo ; pero del rayo presagioso de la lluvia fecunda. La Junta tenía ocho miembros y una cabeza. De esa cabeza radiante de inteligencia y cargada de voluntad, se escaparon durante meses los proyectos salvadores, las palabras decisivas, las enérgicas resolu-

(1) Ayacucho es un epilogo ; además no había allí más que un escuadrón argentino. El último cuadro es realmente Junín, con las proezas de Necochea y el clásico canto de Olmedo.

ciones, que no eran fórmulas vacías, sino anuncios certeros de la próxima realización. Fundador y redactor casi único de la primera *Gaceta de Buenos-Aires*, Moreno vertía allí la enseñanza política, la doctrina justificadora de sus actos presentes ó futuros, el plan de resistencia patriótica, que entrañaba entonces el plan supremo de gobierno : la lucha por la vida y la libertad. Pero iba más allá su larga mirada de estadista y pensador : si era imprescindible fundir en el fuego de las batallas la masa revolucionaria, no era menos urgente preparar de antemano el molde en que pudiera aquella vaciarse más tarde, para surgir algún día en forma de nación. Los que tachan de inútiles, por prematuras, las tentativas civilizadoras, las fundaciones ó reformas de Rivadavia y Moreno, olvidan que cada progreso es un asalto ; y que, casi siempre, el éxito del segundo ataque se ha hecho posible con el rechazo del primero : el que abrió la brecha, debilitó la defensa y, con los mismos cuerpos de las víctimas caídas, allana el camino al vencedor. Sobre las doctrinas de Moreno y las iniciativas de Rivadavia cayó como un sudario el largo invierno de la barbarie. Pero fué superficial y pasajera la obra de esterilización. Y si más tarde, para los hijos, la primavera tuvo flores y frutos el estío, fué porque, con imprevisión aparente, habían los padres arrojado al viento, para que brotaran en el suelo patrio, esas semillas de bendición.

Ante su muerte prematura, los clásicos contemporáneos de Moreno evocaron más de una vez la sombra virgiliana de Marcelo, emblema de la esperanza tronchada en su pleno vuelo y gracia juvenil. Pero la obra de Moreno fué mucho más que una promesa. La llama fugaz que ilumina su vida es el relámpago del genio ; y éste, para mí, resplandece en sus actos, aún más que en sus escritos, que no fueron, por otra parte, más que una de las formas de su actividad. Moreno fué una inteligencia flexible puesta al servicio de una inflexible voluntad : y es esta combinación la que produce el genio. — Conviene repetirlo á esta juventud argentina, justamente orgullosa con su espontaneidad intelectual, pero que malogra

en gran parte su aptitud nativa por falta de aplicación enérgica y prolongada. La inteligencia no es más que una virtualidad, por sí sola pasiva é insuficiente ; para llegar á la « actualización », si es tolerable el neologismo (*quod est in actu*), es necesario fecundarla con la labor paciente, con el esfuerzo incesante, con la persistente y dolorosa tensión de la voluntad. Ninguna cosecha valiosa es dón gratuito. La bíblica sentencia envuelve á la tierra con su habitante, y, á la par del yermo desnudo, la inteligencia baldía ha sido condenada á la esterilidad : « sin el sudor del rostro tan sólo yerbas producirá ». Nada original y viable puede salir de la observación superficial, de la producción temprana, de la adquisición prestada, del saber á medias y de oídas, sin emoción personal ni sinceridad : nada más que imitación exámine, écos efímeros sin vibración potente, flores de papel y frutos de cartón, — la sombra de una nube sobre el agua. Schopenhauer, después de Bichat, y mejor que él, ha demostrado magníficamente ese « primado de voluntad » en el organismo pensante ; y en un opúsculo complementario de su obra fundamental — con ese desdén de la modestia disculpable en el genio — él mismo se compara con Lavoisier, pretendiendo que su análisis de la voluntad y de la inteligencia es, en filosofía, lo que, para la química, la separación de los dos elementos del agua (1). — Pudiera perseguir la imagen sin esforzarla : asimilando la inteligencia al elemento inflamable y ligero ; y la voluntad al oxígeno, principio y medio de la vida, sin cuya presencia el otro sólo sería eternamente un soplo vano, imponderable é invisible, nunca jamás condensable en líquido nutricio ó perceptible en fuego y resplandor.

Fuéle concedida á Moreno esa perspicacia intelectual, que es casi una « segunda vista » y constituye al genio con adherirse á la voluntad heroica. Antes que nadie, él formuló netamente el problema de la emancipación y puso en obra, con suprema energía, todos los

(1) SCHOPENHAUER, *Ueber den Willen in der Natur*.

medios y todos los extremos necesarios para alcanzar su fin. La obra duró más que el obrero; y, por eso, la gloria póstuma, que repara las crueldades del destino, parece á las veces desproporcionada con lo breve del esfuerzo varonil. Pero, en este caso es justiciero el fallo de la posteridad. Encaró Moreno la cuestión nacional bajo su doble faz perenne, colocándose por instinto genial en el crucero desde donde se divisaban las largas perspectivas del porvenir. Su mirada de águila percibió á la distancia los dos puntos sombríos que se acercaban al encuentro fatal, no para combatirse, sino para emprender juntos el ataque al naciente organismo argentino y á la civilización. Todo lo demás ha sido accesorio ó fugitivo; pero los dos enemigos encarnizados y renacientes que Moreno señaló — la ignorancia y la anarquía — quedan, después de ochenta años, adheridos á la democracia hispano-americana, siempre atacados, nunca vencidos. La ignorancia popular era el legado indeclinable de la raza y del sistema colonial: contra ella quiso mover la prensa, la escuela, la biblioteca, la universidad. La anarquía asomó la cabeza viperina junto con la primera intrusión de los diputados provinciales en la Junta central ejecutiva. Moreno preveía el resultado de esa confusión y conflicto de poderes: se opuso al principio para no tener que combatir las consecuencias: *principiis obsta*. Cayó vencido; pero su pensamiento escrito, su obra trunca, sus generosas iniciativas quedan en pie. El relato de su vida entera es un cabal ejemplo de civismo, y su misma caída gubernativa, una alta lección de filosofía política.

Al año siguiente de la muerte de Moreno, pudo su hermano y primer biógrafo deplorar con justicia que en el establecimiento por él fundado no se viera su busto, « como el de Franklin en la biblioteca de Filadelfia ». Después de ochenta años, su queja ha sido oída y su voto cumplido. Hace algunos meses que la imagen respetada se alza en nuestro salón principal. Sin aparato ni ceremonia, la actual Dirección ha colocado en su modesto pedestal el busto costeadado con los fondos del establecimiento. Creo que esta forma



de homenaje silencioso es la que él mismo prefiriera. ¿Á qué enseñar el retrato del fundador al público indiferente que no conoce la fundación? Basta que le contemplen aquellos que, con su presencia asidua, tributan á la obra de Moreno la aprobación más eficaz. Alrededor de la blanca figura apacible, se sucederán las generaciones de lectores, en busca de la ciencia fecunda, del arte civilizador. Tendrán á la vista otra enseñanza. En los minutos de tregua mental, podrán alzar los ojos y contemplar la frente despejada que fué molde de una razón luminosa; la curva en arco tendido de los labios persuasivos, que no se abrieron sino para palabras dignas de ser oídas; la resaltada barba napoléonica, indicio de energía y voluntad: parecerales por instantes que un rayo de ultra-tumba, filtrando por la hueca pupila, se esparce en la cabeza del numen tutelar, ya revestida con la nobleza serena y la belleza exangüe de la inmortalidad.

Fué grande, fué bueno; guarda su corta vida la unidad vibrante de un acto de fe; á costa de cualquier sacrificio y sin un desfallecimiento, rindió culto al deber, al patriotismo, al desinterés — y sobre todo á la sinceridad, que es la más alta de las probidades. ¡Bendita sea su memoria!

## II

Á los pocos días de decretarse la fundación de la Biblioteca, afluyeron de todas partes las dádivas en libros y dinero, que formaron la base primitiva de la institución. El Cabildo eclesiástico hizo entrega inmediata de los libros donados por el obispo Azamor, sin observación alguna y bastándole, según la frase de Moreno, que « se guardara el fin principal de su disposición, es decir, el beneficio público que resultaría de este establecimiento ». El colegio de San Carlos incorporó casi toda su librería, y su rector, don Luís José Chorroarín, le agregó la suya particular. Igual desprendi-

miento mostraron don Manuel Belgrano, la señora de Labardén, el doctor Agüero, el protomédico Miguel O'Gorman y algunos otros. Arrastrada por el entusiasmo irresistible de Moreno, la población urbana, sin distinción de nacionalidad, tuvo á honra responder al alto llamado. Contribuían los ricos con centenares de pesos, los pobres con su óbolo, más meritorio aún. La suma recolectada en dos meses pasa de 10.000 pesos, y no ha de ser inferior á 4000 el número de volúmenes donados, que representan una cantidad muy superior, fuera de algunas obras cuyo valor venal no puede apreciarse (1). La sola agrupación inglesa remitió 176 onzas, y muchos libros más ó menos valiosos. Entregada á los bibliotecarios la sección del edificio que se destinó para el establecimiento, — la parte que da á la actual calle de Moreno, — procedióse á la instalación, dando ésto lugar á nuevas manifestaciones simpáticas del vecindario : muchos muebles, mesas, estantes, escribanías, fueron ofrecidos gratuitamente. Hasta el venerable registro de donaciones, « forrado en tafílete y grabado en ambas caras con guarniciones de oro », que se empleó hasta 1875, es regalo del vocal de la Junta, don Juan de Larrea.

No carecería de interés casero — y acaso público — una reseña de las principales donaciones hechas al establecimiento : acaso me resuelva á ensayarla en la introducción del tomo segundo del catálogo. Pasarán allí en honroso desfile los nombres más ilustres de la historia argentina. Podrían dar lugar á observaciones curiosas ciertas correspondencias ó contrastes entre el donante y la donación. Seguramente, no pocas dádivas inesperadas traen el recuerdo de una fábula de Fedro y La Fontaine — *El Gallo y la Perla* — ; es evidente que algunas poseedoras de ceñudos *Tractatus* de derecho ó teología se desprenderían de ellos con más facilidad que de tal ó cual novela lacrimosa, como la *Matilde* de M<sup>me</sup> Cottin. Pero muchos también ofrecieron obras valiosas de su uso diario y profe-

(1) El cómputo de Zinny (*Gaceta de Buenos-Aires*) es muy inferior á la realidad, como que sólo se refiere á las donaciones particulares consignadas en la *Gaceta*. Omite, naturalmente, las donaciones en globo que fueron la base de la Biblioteca.



sional : así las de Galeno, Etmuller, Haller, el Discórides anotado por Laguna, y muchas otras remitidas por el doctor O'Gorman. Otros envíos son instructivos ó picantes como una nota biográfica. Un señor Isla, oficial de Temporalidades, remite « tres libros que tenía prestados á don Santiago Liniers », y son una Ordenanza, un Diccionario castellano y una Ortografía de la misma lengua : el documento de consulta del militar y las dos muletas del extranjero obligado á redactar en español. Moreno, escrupuloso, decreta : *Justifique la propiedad...*

El viaje del protector de la Biblioteca no interrumpió el movimiento iniciado : durante todo el año de 1811 se registran actos generosos análogos á los anteriores. Con todo, es permitido creer que, á estar presente el doctor Moreno, no se hubiera demorado más de un año la inauguración. También es casi seguro que, sin incurrir en el aparato un tanto teatral que acostumbró más tarde Rivadavia, se hubiera realizado el acto con la solemnidad correspondiente á su importancia y á la digna actitud de la población. La Biblioteca abrió sus puertas al público el 16 de marzo de 1812, al parecer sin ceremonia alguna ; y no creo que quede más dato de esta inauguración que un breve anuncio en la *Gaceta de Buenos-Aires*. Ya no estaba allí Mariano Moreno !

De los primeros bibliotecarios ya nombrados, el doctor Segurola presentó su renuncia antes de la instalación, por tener que dedicarse « á la propagación y conservación del fluido vacuno, además de muchas otras atenciones públicas ». Fué sustituido por el doctor don José Luis Chorroarín. Volveremos á encontrar al renunciante en la propia Biblioteca, algunos años después.

El primer bibliotecario, fray Cayetano José Rodríguez, era franciscano, como el padre Esquiú, la otra gloria del clero argentino ; y, tan numerosos son los rasgos comunes á sus altas figuras cristianas, que, al pretender caracterizar al primero, vuelven á la memoria algunas de las fórmulas felices con que describieron al segundo los dos maestros de la prosa argentina, prematuramente

arrebatados á nuestro afecto y á nuestra admiración (1). — Ambos fueron ejemplo de virtud cristiana en el claustro y en el siglo; y amantes de la humildad y la pobreza hasta en la vida tumultuaria que el uno aceptó por deber, como en la elevación jerárquica á que el otro se resignara por obediencia. Verdaderos imitadores de su segundo Maestro, ese ingenuo y encantador Francisco de Asís, recibieron del cielo el talento abundante y fácil, como una gracia necesaria á su misión evangélica, y sin sacar de ello orgullo ni esperar recompensa. Á medio siglo de intervalo, tocoles presenciar dos momentos solemnes de la evolución argentina; y admitieron como un deber anexo á su apostolado, el recargo de labor impuesto por el patriotismo. Oradores sagrados, no negaron en los días solemnes el apoyo de su elocuencia á la obra nacional; pero sin olvidar jamás, como otros frailes más turbulentos, que, en cualquier sitio que hablasen, su tribuna era siempre el púlpito. Amaron las letras, con un ardor fervoroso el primero, como una fruta exquisita y casi prohibida el segundo; aquél, más universitario é impregnado de tradición salmantina, no resistía bastante á la tentación del consonante; éste otro, más austero y místico, hubiera desdeñado como una vanidad ó desechado como una flaqueza la seducción del metro y de la prosa literaria. Siendo, uno y otro, de vida pura y ejemplar, puede decirse que Rodríguez perteneció más á su claustro y Esquiú á su celda. Pero, al fin, entre los dos era el poeta el que nunca hizo versos, y su página tan citada sobre la vida universal parece una amplificación generosa y moderna del *Canto de las criaturas*.

En esta breve reseña de la Biblioteca, no corresponde apreciar sino desde un punto de vista especial la vida pública de sus más ilustres directores. Es muy conocida, por otra parte, la carrera del miembro del Congreso de Tucumán y redactor de sus sesiones. Sabido es que nació en San Pedro, á fines de 1760, y que, desde la temprana edad de diez y seis años, vivió en el convento de su orden

(1) N. AVELLANEDA Y P. GOYENA. *Fortunati ambo! si quid mea carmina possunt...*

ó en la universidad de Córdoba : aprendiendo, enseñando, dedicado á su ministerio como al deber más sagrado, y á las letras como á la más noble distracción. Hizo más que prever la revolución americana, á cuyo servicio pusiera desde el primer día su alma toda y su talento : desde su claustro franciscano, la anunció en inolvidables palabras que de antemano formulan su programa y sus exigencias. « Nos agobiamos bajo el yugo, cuando tiempo ha se nos viene á las manos el sacudirlo. Pero es necesario trabajar, ilustrarnos. *No sé qué presagios advierto de libertad, y es necesario formar hombres !* » (1). Entre los hombres que formó, estaba Moreno, que le debió en gran parte la terminación de sus estudios y con quien le ligó estrecha amistad. El nuestro fué colaborador abnegado de su discípulo predilecto, y el continuador de su obra en la Biblioteca, hasta el año 14, en que le sucedió el ilustrado oriental, Dr. Larrañaga. Volvió del Congreso de Tucumán, sin duda con el presentimiento de lo frágil y artificial de la obra constitutiva. Pasó en el silencio sus últimos años, pudiendo repetir en la vejez el hemistiquio de Stacio que en su juventud aplicara á la inercia colonial : *Steriles transmisimus annos* (2). Sacóle por última vez de su retiro la célebre reforma eclesiástica de 1822 ; y el monje se hizo nuevamente publicista, para defender en el *Oficial de día* los privilegios que él llamaba derechos del clero, y reducir á sus proporciones reales los abusos y escándalos privados que se denunciaban como generales. En globo y á la distancia, puede creerse que Rivadavia tenía razón en el fondo, si bien el « volterianismo » del *Centinela* no era la forma más eficaz. La posición personal del venerable fraile era inatacable : y no necesitaba demostrar que, á parecersele sus compañeros de claustro, la faz moral de la reforma hubiera sido innecesaria ; pero era harto fácil probarle que, además del punto de derecho público comprometido, no se le parecían ab-

(1) Citado por el D<sup>r</sup> Juan M. Gutiérrez.

(2) *SLV.* Lib. IV, Carm. II. — Es el epigrafe del *Redactor del Congreso*.

solamente muchos de sus hermanos en San Francisco. Es muy probable que lo árduo y amargo de la tarea abreviase los días del noble anciano; murió el 21 de enero de 1823, no sobreviviendo sino un mes justo á la sanción de la famosa ley.

El canónigo don Luis José Chorroarín, su colega en la Biblioteca, es también merecedor de un recuerdo honroso por sus esfuerzos en bien de la pública instrucción. Nacido en 1757, se distinguió desde la juventud por su ilustración, y sus dotes oratorias. Ocupó desde 1783 la cátedra de filosofía en el Colegio de San Carlos y tuvo entre sus discípulos á Belgrano y Zavaleta. Rector, más tarde, de dicho colegio y diputado al Congreso, nos interesa, sobre todo, como director y generoso fomentador de la Biblioteca pública. Hemos dicho ya que fué uno de los ciudadanos que respondieron al llamamiento de Moreno, donando á la institución toda su librería particular. Además de otros actos de desprendimiento, debemos á su amistad con don José A. Miralla, uno de sus discípulos queridos, á la sazón residente en la Habana, la magnífica colección de clásicos griegos, latinos y franceses de Bodoni (1). En recompensa de sus servicios, el gobierno decretó, en 1821, que el retrato del benemérito bibliotecario se colocase en la primera sala del establecimiento « porque es también un *principio de economía* sacar de la esfera de lo común los talentos y las virtudes ». — El homenaje pudo parecer excesivo; y con mayor razón, cuando, dirigido á un vivo, dejaba en olvido á un muerto incomparablemente más acreedor á tal demostración. — Entre los dos grandes obreros de la nacionalidad argentina, á pesar de la identidad del anhelo común, la antipatía era completa; y Rivadavia no podía ignorar ni olvidar el cruel retrato que de él hiciera Moreno alguna vez (2).

(1) Las ediciones de Bodoni son admirables por la ejecución tipográfica; por lo demás, carecen de importancia filológica y hasta de corrección. El *Argos* (Nº 99) refiere la donación de Miralla y su carta de remisión. Hay una noticia de Miralla por J. M. Gutiérrez en la *Revista de Buenos-Aires*, tomo X.

(2) ARENGAS Y ESCRITOS DE MARIANO MORENO, Prefacio.

En todo caso, el decreto no se cumplió por resistencia del mismo interesado. Dos ó tres incidentes significativos inducen á creer que los innegables méritos de Chorroarín no se admitían sin reservas ni discusiones. Acaso contibuyera á ello el celo indiscreto de sus amigos. Otro decreto de Rivadavia había dispuesto que se formase en la Biblioteca una colección de autógrafos de próceres argentinos. Encabezaba la lista un escrito del doctor Chorroarín; y parece que el manuscrito fué desglosado poco después de la muerte de su autor, ocurrida el 11 de julio de 1823 (1). Más tarde, en un « comunicado » del *Argos*, se protestó enérgicamente contra el título de *Fundador de la Biblioteca* que, con evidente injusticia, se atribuía al mismo personaje en el epitafio grabado en su sepulcro. Encuentro, por fin, en nuestro registro de donaciones del año 21, una valiosa colección de obras francesas y científicas, bajo el título de *Obras regaladas por el doctor Chorroarín*, cuyo carácter marcadamente técnico desdice bastante de los hábitos intelectuales de su pretendido propietario. Todo se explica al terminar la lista: una nota agridulce, de otra mano, nos revela que provienen esos libros de la biblioteca de Bonpland, adquirida por suscripción pública, como en efecto consta por los periódicos de la época. Seamos indulgentes con las debilidades humanas: la letra de la lista de donación es tan parecida á la de Chorroarín, como la letra de la nota á la de Segurola... Al autor de la glosa faltóle agregar que, si el bibliotecario no fué el único donante, figura en la lista como principal suscriptor. La mala suerte persiguió al difunto en todos sus honores póstumos. Fundose en 1827, por el doctor Vicente López, un pueblo de « Chorroarín », en la Chacarita de los colegiales: el pueblo es hoy un cementerio. *Habent sua fata...* Y, á fuerza de despojos y restricciones, el ilustrado rector y celoso bibliotecario quedaría reducido á su solo apellido, — como en el gastado epígrama contra Montalvan, — si el eco de las pasiones contem-

(1) JUAN M. GUTIÉRREZ. Es posible que el escrito aludido sea el *Informe* que figura en el tomo IX de la colección Segurola.

poraneas prevaleciera sobre el juicio equitativo de la posteridad.

Desde principios de 1814, compartía con el anterior las funciones de bibliotecario el distinguido clérigo oriental, doctor don Dámaso Antonio Larrañaga. Nacido en Montevideo, en 1771, Larrañaga estudió teología en Buenos-Aires y fué ordenado en Rio de Janeiro. Asistió á la Reconquista, como capellán de un regimiento de milicias. Vuelto á Montevideo, durante el sitio de la plaza por Artigas, los realistas le expulsaron de la ciudad. Aprovechando su forzosa residencia en la campaña, profundizó sus conocimientos en historia natural y comenzó á redactar algunos apuntes de botánica, al paso que formaba un rico herbario. Por allí encontró un fémur de gliptodon y fragmentos de coraza, y comunicó su hallazgo á A. Saint-Hilaire, que viajaba entonces en estas regiones. Cuvier menciona el hecho y cita la carta de Larrañaga (1). También se ocupó de física, de agricultura, de astronomía, con esa variedad de aptitudes frecuente en los aficionados. — Montevideo le debe varias fundaciones benéficas que conservarán su nombre más seguramente que sus estudios científicos. De su permanencia en Buenos-Aires, extrajo probablemente la idea de varios proyectos filantrópicos, que aplicó en su patria con celo laudable.

El establecimiento de la Biblioteca pública de Montevideo fué en gran parte obra suya, pudiendo decirse que aquella es hija de la nuestra. La *Oración inaugural*, que en el acto solemne de la apertura pronunció su primer director, en medio de las insuficiencias é ilusiones inherentes á la época, revela nobles aspiraciones y elevados

(1) CUVIER, *Ossements fossiles*, V, 191. Y no en el *Discours sur les révolutions du globe*, como dice J. M. Gutiérrez. Al principio, el gliptodon fué confundido con el megaterio. Por otra parte, ni era el primer fragmento del género hallado en el Plata, ni Larrañaga « determinó su estructura », como lo cree su biógrafo uruguayo. — Los hombres ilustres no son responsables de las simplezas de sus biógrafos. El mismo que he citado atribuye la ceguera de Larrañaga, además de otras causas fantásticas, á su observación del « pasaje de Venus por el sol ». ¡Consecuencia tanto más notable cuanto que, durante la larga vida del observador, ese fenómeno no se produjo!



propósitos. — Era imposible que un espíritu asimilador como el de Larrañaga no importara también á Montevideo el famoso sistema educativo de Lancaster, que entonces florecía en Buenos-Aires y Chile, como en el resto del mundo. Estableciéronse, pues, escuelas mutuas en el Río de la Plata, con el mismo fervor de imitación que, más tarde, las graduadas del sistema simultáneo. Es indudable que aquella organización económica de la enseñanza no valía la actual, que, con mantener viva la atención « simultánea » de la sección entera, la conserva confiada á la dirección del solo maestro. Pero, es otra ilusión de los modernos pedagogos, el creer demasiado en su estrecha pedagogía. Lo que se saca en la realidad de la experiencia, es la convicción de que un buen maestro tendría que ser un hombre de talento, — como en el *Emilio* de Rousseau ; y, entonces, la cuestión se reduce á saber si existe nación alguna donde los hombres de talento se resignen á ser maestros. También debe Montevideo al virtuoso presbítero la fundación de su Casa de expósitos, en cuyo torno hizo naturalmente grabar el deplorable estribillo que se leía y se lee todavía en la de Buenos-Aires, y cuyo sentimentalismo afectado ofende á la par el buen gusto, la inocencia infantil y la más dolorosa miseria humana. — Larrañaga fué diputado del Congreso constituyente y, más tarde, senador de la primera legislatura constitucional. Falleció en su quinta de Miguelete, el 16 de febrero de 1848, sereno en la muerte como en la vida, y rodeado del aprecio general.

Por decreto de septiembre 7 de 1821, el gobierno del general Rodríguez suprimió los empleos de primero y segundo bibliotecario, colocando el establecimiento bajo la única dirección del doctor don Saturnino Segurola, y autorizándole para nombrar dos ayudantes « que sirvan bajo su responsabilidad y con la asignación de un peso diario » (1). No es probable que la corta dirección del canónigo Segurola lograra realizar plenamente las intenciones que consignaba el preámbulo del decreto redactado por Rivadavia ; pero tampoco

(1) Pagados por el Cabildo, lo mismo que los sueldos de los bibliotecarios, que eran de 500 pesos anuales.



es dudoso que hubo de consagrarse al desarrollo del establecimiento con su notoria laboriosidad. Por otra parte, el rasgo característico de su simpática fisonomía no fué la superioridad intelectual, y mucho menos el dón prestigioso de la palabra ó del estilo: fué la bondad, la caridad en esa forma social y práctica que hemos llamado filantropía. Pertenecía á la generación de Moreno y Thomson, de quienes fué condiscípulo en el curso de filosofía dictado en 1795 por el doctor Medrano; y, desde que abandonó las aulas hasta su muerte, en abril de 1854, empleó su influencia social, su tiempo y su dinero en el mejoramiento y el alivio de sus semejantes (1). Fué el propagador infatigable de la vacuna en estas provincias, dedicándose personalmente á la inoculación, con un fervor, casi diría con un furor en el cielo, tan sólo igualado por el ardor apostólico de su contemporáneo « el físico » Martínez, en la administración de su ciclopeo remedio (2).

La suerte de la infancia desvalida fué otro de los objetos de su constante preocupación. Director de la Casa de expósitos durante muchos años, vióse obligado en 1838 á manifestar al gobierno del general Rosas su absoluta imposibilidad de seguir sosteniendo la institución, por haberse « agotado sus recursos propios y los ajenos ». El gobierno contestó, después de algunas fórmulas de pesar más ó menos sinceras, que aceptaba la renuncia del director, ordenando « que cese el establecimiento, y se repartan los niños existentes entre las personas que tengan la caridad de recibirlos ». La nota concluía con una formal desaprobación de la conducta caritativa de Segurola, por haber « desembolsado cantidades de sus fondos particulares, cuando el decreto vigente lo prohíbe absolutamente ».

(1) Alcanzó todavía á prestar servicios de beneficencia durante la corta administración reparadora del Dr D. Vicente López.

(2) Sabido es que en 1829, don Pedro Martínez « convulsionó » la población con su « Medicina curativa », que lo era el formidable purgante Leroy. Hasta fundó una Revista para defender su panacea que, por otra parte, fué juiciosamente combatida por el Tribunal de medicina.

El director cesante, valiéndose de sus relaciones sociales, logró impedir que las víctimas inocentes sufrieran por segunda vez el abandono y la miseria: hallaron todas un asilo prestado y un hogar. — No fueron menos meritorios los esfuerzos de Segurola en pro de la educación: fundó escuelas primarias y proveyó más ó menos directamente á su sostenimiento, vijilando su marcha con incansable solicitud: se dice que alcanzó á tener así bajo su protección hasta seis mil educandos. Su misma proximidad á la Biblioteca que durante algunos meses había dirigido, dió lugar á un acto generoso; y más que por su breve administración, merece nuestro recuerdo y agradecimiento por la variada y preciosa colección de manuscritos que nos ha legado.

Por un decreto del ministro Rivadavia, de febrero 5 de 1822, sabemos que en esta fecha fué sustituido el canónigo Segurola por don Manuel Moreno; y las mismas formas desatentas del acto gubernativo acentúan el rigor de la medida, cuya causa real no podemos sino conjeturar (1).

El sucesor era hermano de Mariano Moreno; pero sería injusto pretender que ello forme el rasgo principal de su biografía, como pudiera decirse de un Tomás Corneille ó un Federico Cuvier. Ya entonces, y mayormente después, Manuel Moreno fué algo más que el reflejo y el recuerdo de su hermano mayor, cuya vida escribió como próemio á sus *Arengas*, ensanchando la biografía hasta las proporciones de un interesante y parcial ensayo político sobre el primer período de la Revolución. Después de permanecer varios años en Inglaterra y Estados Unidos, estudiando la historia, las instituciones políticas y hasta « la facultad médica », según se expresa el *Argos* del 11 de septiembre de 1821 (2) al anunciar su

(1) Segurola pertenecía al grupo del Cabildo, que le había concedido extraordinariamente « en demostración de alto aprecio » por sus servicios y virtudes, asiento perpetuo con voz y voto en sus deliberaciones. Sabido es que el « Déspota de principios », como le llama el doctor Vicente López, combatió la corporación y concluyó por suprimirla.

(2) Se graduó en la universidad de Baltimore. Los *Anales de Medicina de Buenos-Aires*

regreso á Buenos-Aires, fué elegido diputado á la Junta de representantes y, como acabamos de verlo, nombrado director de la Biblioteca. Llamado al Ministerio de gobierno y relaciones exteriores, durante la administración del coronel Dorrego, conservó el pacífico empleo de bibliotecario, que se avenía con sus aficiones literarias, hasta el día de embarcarse para Inglaterra como ministro plenipotenciario de la República, en noviembre de 1828. Ha quedado de su misión diplomática una excelente Memoria sobre las islas Malvinas, en que demuestra sólidamente los títulos incontrovertibles de su país á dicha posesión. Tocóle también examinar y juzgar las reclamaciones británicas relativas al corso ejercido durante la guerra con el Brasil. El libro que en español é inglés publicó sobre la materia, merece, según un crítico competente, « un lugar en toda biblioteca de derecho internacional ». Pasó en la ciudad natal el resto de su vida, con su espíritu siempre ágil y juvenil, entregado á las letras amigas y formando lentamente una biblioteca particular que llegó á ser la mejor del país. Aquí murió el 28 de diciembre de 1857 (1).

### III

Durante la dirección de Manuel Moreno, puede decirse que la Biblioteca completó su primera organización, la cual, sin más cambios notables que los debidos al natural desarrollo del establecimiento, se prolongó hasta el año de 1877, en que la iniciativa del doctor Quesada preparó la transformación actual. — En marzo de

(1823) reprodujeron su tesis inaugural. No ejerció la profesión, pero dictó un curso de química en la Universidad.

(1) Las *Efemérides americanas* fijan erróneamente el 18 del mismo mes, probablemente por haber seguido á Gutiérrez, sin verificación. El célebre rector de la Universidad y notable literato unía á su admirable perspicacia de conjunto, un gran descuido de los detalles. Es necesario comprobar todos sus datos.

1822, el estado ruinoso del viejo edificio reclamando serias reparaciones, el gobierno cedió al establecimiento la parte contigua de la casa alta, « la primera de las del Estado, viniendo de la Ranchería á la Imprenta de Expósitos ». Refaccionadas las salas primitivas, allí quedó instalada y la hemos conocido todos, con su entrada por la calle de Moreno — la mejor bautizada de la ciudad — donde se deletrean aún vestigios de la inscripción, y con su comunicación á la sala de Representantes. No era su aspecto imponente ni alegre, y la escalera secular que, según el *Argos* de 1822, la « distinguía » entre las casas vecinas, no parecía llamar irresistiblemente á la concurrencia. Pero, si algo más indigente y desierta que hoy, era igualmente hospitalaria. Sus estantes abiertos y su mesa maciza han sido buenos compañeros del estudio; y no recuerda sin agradecimiento el que estas líneas escribe, que allá por 1866, la vieja sala de lectura prestó su silencio y su retiro tranquilo al pobre niño extranjero, que aprendía los rudimentos de la lengua en que había de describirla treinta años después.

Tampoco varió mucho el personal del establecimiento durante medio siglo: le componían un director, dos ayudantes y un portero; en la dirección del señor Mármol se aumentó con un escribiente auxiliar. Los sueldos mismos se mantuvieron iguales ó poco menos: 800 pesos fuertes anuales para el primero y un peso diario para cada ayudante, con una asignación de 600 pesos para libros y gastos internos, fuera de los subsidios eventuales. Salvo en los días de fiesta, la Biblioteca permanecía abierta al público durante cinco horas, desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde. En septiembre de 1821, el ministro Rivadavia había ordenado que « además de las horas de costumbre, quedara abierta la Biblioteca desde las seis de la tarde hasta las nueve ». Pero esta disposición no fué cumplida ó cayó en desuso, puesto que el horario de los años siguientes fué sólo el diurno que he mencionado. — Se ensayó ha pocos años una innovación parecida, sin que el público respondiera suficientemente al llamado de la administración; suspendióse el

servicio nocturno, cuyos escasos beneficios no compensaban los serios inconvenientes del alumbrado artificial. Acaso, en local mejor y con la luz eléctrica, convenga renovar la tentativa.

Según el estado publicado en el *Registro estadístico* de 1823, la Biblioteca pública no poseía á la sazón menos de 17.229 volúmenes impresos, fuera de 1500 duplicados y destinados á la venta. El resultado es considerable, si se tiene en cuenta que fué obtenido en su mayor parte por el esfuerzo particular y durante la década más agitada de la historia argentina. Según el registro del establecimiento, la concurrencia de lectores, durante ese año de 1823, fué de 3284 personas, de las cuales 2174 eran de Buenos-Aires, 677 de las provincias y 427 del exterior. «En este número, dice el director Moreno, no están incluidos los que entran en la casa con el mero objeto de verla ú otros motivos, sino los que piden libros para leer». — Cincuenta años después, el inventario comprobaba la existencia total de 20,104 volúmenes en la Biblioteca, y el estado anual de la asistencia, para 1872, no alcanzaba á 3000 lectores; siendo así que este resultado importaba un progreso sensible respecto de los años inmediatos anteriores.

Conozco las reservas y restricciones á que debe someterse toda conclusión general, procedente de un experimento particular. Creo, sin embargo, que es imposible en este caso desconocer el significado de la comparación. Durante medio siglo, no había logrado el establecimiento realizar un acrecentamiento material equivalente al de un solo quinquenio de su primera época; y, en 1872, con una población probablemente cuádruple, Buenos-Aires no suministraba un público de lectores igual en número al de 1823. — Podría decirse, con razón aparente, que, por una parte, la mala administración y el cuasi abandono de algunas décadas habían detenido ó disipado el crecimiento; y que, por otra parte, la difusión del bienestar y la formación de bibliotecas particulares tenían por efecto una disminución notable en la asistencia á la pública. No creo, desde luego, en subtracciones muy considerables de obras puestas al

servicio público: sin haber efectuado una comprobación rigurosa y completa, sólo posible después de terminado el catálogo, he podido notar, con numerosas confrontaciones necesitadas por la confección del primer volumen, que la gran mayoría de los libros entrados subsisten todavía. Por otra parte, el registro de asientos da fe del escasísimo movimiento bibliográfico, así en adquisiciones como en donaciones, durante esos años luctuosos (1). En cuanto al segundo argumento, se desvanece con sólo observar el rápido incremento de la asistencia en los últimos años, el cual revela aquí, como en otras partes, que el desarrollo de las librerías privadas no es contrario, sino paralelo al de las bibliotecas públicas. Para que, después de quince años de régimen reparador y progresivo, se encontrase á este respecto la República en el mismo punto del camino que en 1822, en el propio mojón miliar plantado por Rivadavia, ha sido menester que fuera enorme el retroceso antecedente. Toda la historia contemporánea suministra pruebas de esa decadencia; y sería casi una ingenuidad demostrarla por centésima vez. La educación pública, la prensa, toda la cultura social, y hasta la cátedra sagrada, dan muestras harto elocuentes de la dolorosa y creciente « descivilización ». Llegó Buenos-Aires á encontrarse más distante de la estructura social correspondiente al gobierno de Rodríguez, que en los años del virrey Vértiz; y para citar un solo ejemplo, era entonces menos posible y viable una publicación periódica como la *Abeja argentina* — nacida y criada, puede decirse, en nuestra biblioteca — que en las últimas décadas del régimen colonial. La civilización argentina estaba fuera de Buenos-Aires: en Montevideo, en Bolivia, en Chile, expiando duramente sus errores é ilusiones. Pero el castigo no era sino una lección, y ¡ojalá quisiéramos aprenderla! Como esas reliquias del héroe, que sus soldados transportaron desde Jujuy, por Humahuaca, Abra Pampa y toda la Quebrada sembrada de victorias, hasta Suipacha, Cotagaita y Potosí:

(1) No alcanzan á cien las obras donadas en la década de 1840-1850.



los desterrados llevaban consigo el arca santa de la tradición unitaria, y con ella habían de volver. Volvieron, sin duda; y la abrieron, por fin, esa arca legendaria, — pero, al encontrarla vacía, metieron dentro una constitución federal!

No retrocedo ante la digresión, siempre que encierre alguna enseñanza. — La impresión que hoy domina al que medita sobre la florescencia civilizadora de ese quinquenio de Rivadavia, no es tanto la previsión de lo que había de venir, cuanto la conjetura de lo que hubiera sido su lento y normal desarrollo, á no desaparecer arrasada por la bárbara tempestad. Había, en verdad, este pueblo joven, recibido desde el origen los gajes y promesas de la grandeza; pero también, al parecer, la dádiva funesta que los podía esterilizar. Lo que han llegado á ser pueblos vecinos, que antepusieron durante cincuenta años la realidad del orden nacional á la ilusión de un ideal democrático, da la medida de lo que fuera hoy el argentino, más favorecido en punto á factores sociológicos, si hubiera imitado esa sana evolución. Así lo afirmé diez años ha en un *Ensayo histórico* que fué acogido con indulgencia, y ello ha sido en mí robustecido por la experiencia complementaria de estos últimos tiempos.

Después de la Independencia, la inminente anarquía no podía ser evitada sino por una inmediata y enérgica concentración gubernativa: eso quería Moreno, y eso intentó Rivadavia, sin tener el brazo de hierro, la voluntad « atroz » que su cumplimiento demandaba (1). Imperio ó consulado militar, la dictadura se imponía; porque la anarquía no puede ser sino una crisis, y ningún organismo viable conspira largo tiempo por su propia disolución. La guerra exterior es el factor primitivo de la sociabilidad, y el despotismo gubernativo, su colorario: la anarquía intermedia suele servir tan sólo para torcer la ley en cuanto á la persona, y sustituir al más digno el más vulgar. Si la dictadura era entonces inevitable, no así la personalidad del dictador: pudo tenerse á San Martín, en lugar

(1) HORAT., Od. II. I. « atroce[m] animum Catonis ».

de Rosas — y eso fuera la salvación.— Hoy es el padre de mañana, y los eslabones históricos sucesivos tienen la misma forma y se fabrican con el mismo martillo. Quiera la suerte de este país que, merced á la civilización creciente, ahora indestructible, y á pesar de su constitución artificial, acentúe sin violencia su lenta evolución centralista, hasta llegar á la unidad salvadora que representa el orden en el trabajo y en la paz — es decir, la sólida prosperidad moral y material. Así transmitiremos á nuestros sucesores algo más que una herencia de errores, y no tendrán que repetir el melancólico proverbio hebreo: « nuestros padres comieron el agraz y nosotros sufrimos la dentera ».

P. G.

*(Continuad)*

# LA BIBLIOTECA DE BUENOS-AIRES <sup>(1)</sup>

---

## IV

Prosigo mi humilde tarea bibliográfica. Lo indicado más arriba, respecto del escaso movimiento de la Biblioteca pública durante la época de Rosas, habrá necesariamente de simplificar mi análisis, en lo que á dichos años se refiere. Por otra parte, la estabilidad del despotismo y la poca importancia que entonces se daba al establecimiento, manifestábanse también en la tranquila posesión del empleo adquirido: desde 1833 hasta 1852, no hubo sino dos directores, y el segundo fué nombrado por fallecimiento del primero. Hemos visto ya que Manuel Moreno abandonó la Biblioteca por haber aceptado el cargo de ministro argentino en Londres; en noviembre 25 de 1828, fué designado para sucederle el presbítero don Ignacio Grela, quien, con una interrupción de algunos meses, en 1829 (2), — en que le reemplazó el doctor don Valentín Alsina — desempeñó

(1) Véase el número de Junio.

(2) Según un documento — muy poco explícito — de este archivo, la suspensión se hubiera producido á consecuencia de la desaparición de ciertos documentos y obras de la Biblioteca. Parece que el padre Grela se justificó y fué reintegrado en su puesto.

la dirección del establecimiento hasta 1833.—El dominico Grela es una figura de segundo término en la historia argentina: casi tan inquieto y mezclado en la política diaria y callejera como el célebre padre Castañeda, carecía de su espontaneidad mordaz y de su incorregible brío de planfletista. Corifeo de asonadas y orador de cabildos abiertos, el «frailé Granizo», como le apellidaban (1), salía á la calle en los días de tumulto para encabezar una petición popular, ó, al lado del gigantesco Medrano, fulminar en cualquier esquina un anatema de barricada contra Sarratea en favor de Balcarce, ó contra Las Heras por su «cobarde» acatamiento de la elección presidencial. Fuera de esas apariciones de fuego fatuo, el padre Grela se esfuma en el crepúsculo de la historia. Separado de la Biblioteca durante el gobierno provisorio de Brown, reapareció con el primero de Viamont, y aprobó enérgicamente en la legislatura el acto inicial de humillación hacia el «Restaurador de las leyes». Quedó así reinstalado definitivamente en este puesto, dando ese desenlace inesperado á tanta efervescencia jacobina y á tanto discurso anárquico. Lo que hubo de ser este pobre establecimiento bajo la dirección del presbítero Grela, se deduce del decreto producido al día siguiente de aceptarse su renuncia: en él se mencionaba «el estado de decadencia de la Biblioteca pública, por efecto de las desgracias pasadas...» ¿Qué diría de las venideras?

El doctor don Valentín Alsina no hizo más que pasar por la dirección de este establecimiento, durante el eclipse del funcionario que acabamos de mencionar; y no quisiera imitar á los tratadistas de ajedrez, que ensalzan el genio estratégico de Napoleón por sus mediocres proezas ante el damero. Dejó, con todo, un recuerdo excelente de su breve administración; y cuando abandonó la Bi-

(1) ¿Sería una alusión á su carácter turbulento, ó al periódico satírico de este nombre, gran pegador de apodos, y que creía muy picante designar á Manuel Moreno con el de «Don Óxide», — no por su temperamento «corrosivo», como dice el historiador López, sino porque había dictado en el Colegio el primer curso de química? — En cuanto á lo de «Granizo», es más probable que fuera sencillamente la traducción del apellido pronunciado en francés (*grêle*).

biblioteca por otros destinos más adecuados á su actividad política, el gobierno se complació en reconocer públicamente « la contracción y los conocimientos que había demostrado » en el desempeño de su cargo. Por lo demás, su vida entera, privada y pública, pide la plena luz resplandeciente, no teniendo una sombra que ocultar, un ángulo dudoso que solicite la indulgencia ó la compostura. Jurisconsulto, publicista, hombre de gobierno y de parlamento, fué actor principal en todas las evoluciones prósperas ó nefastas de la gran provincia argentina, y obrero de la primera obra en la reconstrucción nacional, recorriendo sucesivamente el infierno y el purgatorio de las agitaciones políticas, sin despertar odios ni resistencias, á no ser aquellos que es glorioso inspirar. Ante ese temple de alma casi impecable, toda apreciación de su talento claro y flexible, de su real valía intelectual, cobraría aspecto mezquino. Fué su « característica » aquella grandeza de ánimo, hecha de rectitud y mansedumbre, que le permitió atravesar cincuenta años de encarnizadas luchas, defecciones y traiciones, sin que sintiera desfallecer su creencia en el bien. Es poco, comprobar que la experiencia no había dejado en su alma el habitual sedimento de amargura: casi podría decirse que no alcanzó á marchitar sus ilusiones.—En lugar de reseñar aquí, una vez más, sus actos de legislador ó gobernante, que se encuentran consignados en documentos públicos y pertenecen á la historia, daré á mi respetuoso homenaje un giro más personal, mencionando la ocasión única en que me fué dado contemplar, creo que en el último año de su vida, á ese raro ejemplar de la alta burguesía porteña.

Una tarde de verano, en un banco de la plazuela de Morón, vino á sentarse al lado mío: correcto hasta la pulcritud en su traje, en su porte, en el menor detalle de su persona, con su fino perfil patricio de medalla, laureado de canas. La cortesía exquisita, que suele ser en otros estudiada coquetería de la gloria y de la vejez, era en él una emanación natural de su bondad. Sin preguntar quién era su vecino, — el cual, por otra parte, no era nadie, — acostumbrado

al respeto universal, dejó al instante correr delante de mí el río inagotable de sus recuerdos, aceptando sin resistencia la dirección que mi curiosidad deseaba imprimirle, contestando copiosamente á mis preguntas, con cierta gracia risueña y afable que no era, por cierto, docilidad senil. Su memoria lejana estaba intacta; más aún: con la edad, como á menudo sucede, su visión de lo pasado constituía una verdadera presbicia mental, creciendo en agudeza con aplicarse á puntos más remotos. El paso del « señor Rivadavia », la cruzada unitaria, la muerte de Varela, las cortas esperanzas y las largas decepciones; un día inolvidable—Caseros—que no fué más que un día, un rayo de bonanza entre dos tempestades, — si bien traía la segunda las intermitencias presagiosas del término feliz: todo pasaba á mi presencia, en animado panorama, con el color y la línea de la verdad. Caían las palabras abundantes como, « los copos de la nieve invernal », según la expresión homérica (1). Y esos labios de anciano vertían para mí otra enseñanza, más alta que la de los hechos referidos: el ejemplo de una existencia que llegaba á su ocaso sin conocer el desencanto ó el rencor. y, semejante á la antigua fuente Aretusa que se mezclaba al Adriático sin amargar sus ondas, quedaba fiel en la vejez extrema á los puros ensueños de su juventud. — Por vez primera, supe aquel día lo que realmente constituía la distinción moral de esa generación vencida: esa flor de urbanidad unitaria que la bota de Rosas pisoteará con despecho y furor. Se había puesto el sol cuando nos separamos; y, mientras Valentín Alsina se alejaba lentamente en la doble serenidad de la tarde apacible y de la venerada vejez, debió cantar en mi memoria el verso de La Fontaine, sobre el justo que declina, lleno de días y exento de pesar:

*Rien ne trouble sa fin : c'est le soir d'un beau jour...*

El presbítero doctor don José María Terrero, fué nombrado di-

(1) ILIAD. III, *νιφάδεςτιν ἐοικότεα χειμερὶησιν*.



rector de la Biblioteca, el 14 de noviembre de 1383, en reemplazo del renunciante don Ignacio Grela. Nacido en Buenos-Aires en 1787, fué alumno y profesor en el Colegio de San Carlos. Es conocida la decadencia de dicho colegio durante las invasiones inglesas y los años inquietos de la Revolución: los estudios públicos casi no existían « porque la juventud era atraída por el brillo de las armas ». Al fin, el edificio fué destinado para cuartel — y allí mismo tuvo lugar la famosa sublevación de los « Patricios ». Un decreto del 15 de junio de 1818, dictado por el director Pueyrredón, lo restableció con el nombre de « Colegio de la Unión del Sud ». Fué su primer vice-director el doctor Terrero, en quien concurrían, según expresiones de dicho decreto, « todas las circunstancias de probidad, discreción y experiencias que son tan necesarias para este empleo ». Transcurriendo los años, fué sucesivamente cura de una de las parroquias de Buenos-Aires, vicario capitular de este obispado y canónigo de la Catedral. Nadie extrañará que ocupase un asiento de representante durante el gobierno de Rosas, conociendo las afinidades de su familia con la del Restaurador; pero, era justo mostrar que tuvo otros títulos al aprecio de sus compatriotas.

Durante la dirección del canónigo Terrero, informó acerca del estado de la Biblioteca una comisión compuesta de los señores Valentín Alsina, León Banegas y Octavio Mossotti (1). Comprobaba dicho informe el estado decadente de la institución, desde la dirección de don Manuel Moreno: se calculaba en más de dos mil el número de volúmenes desaparecidos desde 1823, « atento el escaso número de los que en este intervalo han entrado »; por otra parte, la ausencia de índices imposibilitaba todo cómputo exacto, al par

(1) El señor Mossotti, sabio italiano de real valía, pasó una parte de su vida en el Plata, prestando grandes servicios como fundador del Observatorio astronómico, profesor de física experimental en la Universidad y miembro del Departamento topográfico de la Provincia. Falleció en Pavia en 1863. El doctor Gutiérrez le ha dedicado una excelente noticia en su obra citada.

que reducía notablemente los servicios que tal « hacinamiento confuso de obras » podría prestar. Aconsejaba la comisión, entre otras medidas plausibles, la formación de un « gran catálogo general bibliográfico » sobre la base de una « exacta clasificación de los conocimientos humanos », cuyo cuadro acompañaba; y opinaba que, hasta concluir esta operación, se clausurase el establecimiento. El gobierno lo aprobó todo; felizmente no se cumplió la última disposición, que habría mantenido cerrada la casa hasta nuestro tiempo. No ha podido encontrarse el plan de clasificación que la comisión remitió al oficial mayor Garrigós; sería probablemente el de Brunet, cuyo *Manual* figura entre las obras compradas al sabio Bonpland. — Dióse principio al « gran catálogo » de Penélope, según consta de una nota del gobierno en que se concede al director « los brazos » que solicita para mover los libros; pero no ha quedado vestigio de ese trabajo. No es probable que fuera mucho más allá de la intención. De esa administración no quedan sino una docena de notas de mera tramitación y, en nuestro libro de asientos, la constancia de otras tantas obras, donadas por el gobierno. Entre éstas mecece especial mención el magnífico *officium parvum Gothicum*, enriquecido con primorosas miniaturas del siglo xv, y que fué regalado al general Rosas por Mr. Woodbine Parish, el conocido Encargado de negocios de S. M. B. en Buenos-Aires y autor de una buena descripción de este país.

El 9 de enero de 1837, el honorable canónigo Terrero tuvo que resignar todas sus canongías. Tenía apenas cincuenta años y murió rodeado de la estimación general. El gobierno, la sala de representantes y el obispado honraron su memoria; y la *Gaceta* celebró las virtudes y prendas de carácter del extinto, prematuramente « arrebatado al santuario, á la Patria y á la Federación » (1).

El funcionario que sucedió á tan pacífico varón, por decreto de enero 18 de dicho año, se llamaba el doctor don Felipe Elortondo

(1) GACETA MERCANTIL, 12 de enero de 1837.

y Palacios, y parecía elegido para hacer resaltar la actividad febril de su predecesor. Altomar asiento en la Biblioteca, le regaló, como dádiva de feliz advenimiento, un diccionario de la lengua : significando así, tal vez, su profunda admiración por el único libro que el general Rosas había leído, y su deseo de que tal hazaña tuviera imitadores. Consignó esta donación como director del establecimiento y « cura de la Catedral al Sud ». Después de esta enérgica afirmación de su existencia, creo que no volvió á verse su nombre en documento público alguno, á pesar de permanecer en su puesto quince años cumplidos, exactamente el « gran espacio de la vida humana » del historiador latino (1). El *Registro Oficial*, de 1837 á principios de 1852, no contiene una sola disposición relativa á la Biblioteca ; nuestro archivo no posee una sola nota de dicho director : su nombre no figura en las *Efémerides americanas*, ni en las de Zinny, ni en diccionario biográfico alguno, ni es citado una sola vez —que yo recuerde— en ningún diario de la época. Sospecho que ese bibliotecario de los Siete Durmientes fuera un gran sabio. Comprendió que en esos años precarios, el problema supremo era vivir — *to live, to sleep* — y lo resolvió con superioridad. Su existencia es una obra maestra de ocultación, que deja muy atrás á la de su predecesor.

Se despertó sobresaltado al ruido de su destitución !... ¿Qué sucedía ? — Poca cosa, en verdad : Caseros ; es decir, la confederación en lugar de la federación : Urquiza después de Rosas, y un Libertador tras el Restaurador. Pero, en esa breve intermisión entre dos dictaduras, el gobierno provisorio de don Vicente López había golpeado á las puertas de la Biblioteca para instalar en ella á un hombre de letras, ó mejor dicho, á un amigo sincero de los libros y de la educación. La «laicización» de la Biblioteca era un signo de los

(1) TACIT. *Vita Agricola*, III. Merece citarse la frase entera por su curiosa adaptación á la dictadura del Domiciano argentino : *Quid ? si per quinquagesim annos, grande mortalis ovi spatium, multi fortuitis casibus, promptissimus quisque saevitia Principis interciderunt ?*

tiempos nuevos, pues, hasta entonces, puede decirse que su dirección había sido exclusivamente clerical (1).

He aludido, al hablar del doctor Valentin Alsina, á ese lapso intermedio de respiro y expansión que siguió inmediatamente á Caseros; fué algo así como la luna de miel de la libertad (2). — Las fundaciones y reformas se sucedieron en pocos meses, con una buena voluntad general y una preocupación del bien común que causan admiración. El corto gobierno del doctor Vicente López fué en verdad una erupción de progreso civilizador. Ningún síntoma fué más significativo que la creación del Ministerio de instrucción pública y el nombramiento de su primer titular. Nadie pensó entonces que la suprema magistratura del padre impusiera al hijo un estado de inhabilidad y ostracismo administrativo: una larga carrera de gloria y probidad fué tomada por caución suficiente de los rectos propósitos, y el vínculo de la carne entre el gobernador y su ministro, considerado como una nueva garantía moral (3). En tanto que Vélez Sarsfield fundaba *El Nacional*, y el diputado Mitre aseguraba en la Legislatura la existencia de la prensa libre, sin más restricciones que las necesarias á la defensa de la sociedad, el gobierno reconstituía las instituciones civiles que son su mejor salvaguardia: justicia, legislatura, policía, estadística, asistencia pública, educación superior y popular. Resucitaba la Sociedad de beneficencia, volviendo á confiarse, como en tiempo de Rivadavia, ya que no la curación, el alivio de las llagas incurables á la mano suave de la mujer. Un soplo de ciencia nueva refrescaba la Univer-

(1) El doctor Elortondo no conservó su curato durante su dirección de la Biblioteca: fué nombrado Canónigo diácono de la Catedral. En el decreto de reorganización del Senado del clero, — posterior á su separación, — se dispone que « continuará en el ejercicio de esta canongía ». Era su vocación.

(2) TACIT. *Hist.* IV. *Optimus est post malum principem dies primus.*

(3) Entre el Gobernador y el Libertador hubo un *échange de bons procédés*. El gobierno nombró al doctor don Diógenes de Urquiza enviado extraordinario, y el general Urquiza fué quien indicó al doctor Vicente Fidel López para ministro de Instrucción pública.

sidad. Se fundaba la primera escuela normal, confiando su dirección al mismo funcionario que se había instalado en la Biblioteca, y su administración técnica á un extranjero ilustrado y modesto, don Germán Frers, quien, á igual de su colega Sastre, nunca separó el progreso agrícola de este país; de su desarrollo educativo. — Así se agitaba en todo sentido la colmena social, después de su prolongado letargo. Sin duda, no fué todavía sino una tregua, esa era de paz y trabajo que se creía definitiva. Pero había bastado en su brevedad para revelar la sanidad fundamental del organismo argentino. Durante ese claro de una hora entre dos cerrazones, se había visto al sol y tomado la altura. Á despecho de los siniestros presagios, la barbarie estaba vencida; y cualquier ensayo de nueva « restauración » sería impotente y fugaz.

El señor Marcos Sastre no permaneció en sus funciones de bibliotecario el tiempo bastante para reorganizar el establecimiento. Entrado el 2 de marzo de 1852 por un acto de rigor administrativo, fué destituido el 10 de abril del año siguiente, por otro del gobernador Pinto, igualmente severo y, hay que decirlo, mucho más justificado. ¡ Fatales represalias de la política ! Le volvía á llevar la misma ola que le trajo. Estando Buenos-Aires cercado por las fuerzas de Urquiza, el señor Sastre creyó que podía, en esas horas angustiosas, recordar su amistad con el caudillo, olvidando sus deberes « con el gobierno de la ciudad » como decían los de afuera; y fué á San José de Flores. Sin aprobar los términos ni la forma de la represión (1), es imposible desconocer su fundamento. Es gran ejemplo de la perturbación moral producida por las revoluciones, el ver incurrir al hombre más honrado en un paso dudoso, que algunos aplauden, mientras otros lo califican con la última severidad. — Pero el error de un día no impide reconocer los servicios que, durante su vida toda, prestó don Marcos Sastre á la causa de la civilización.

(1) El señor Sastre entregó la Biblioteca desde la cárcel.

Aunque nacido en Montevideo, perteneció á la República Argentina, por sus estudios, su hogar, los vínculos é intereses mayores de su existencia. No fué seguramente un hombre de pensamiento ni de imaginación : fué un educador primario. Además del resultado material no despreciable, sus libritos elementales le valieron una popularidad infantil que ningún otro pedagogo ha disfrutado. Sus silabarios han sido, por decirlo así, la papilla intelectual de diez generaciones escolares. — Algún descontentadizo podría pensar que, después de la *Anagnosia* en que nos enseñaba á leer, no era indispensable que el señor Sastre publicara el *Tempe argentino*, para enseñarnos á escribir. Pero el público le dió la razón : el éxito del libro ha sido increíble. Nadie resistió á esa ciencia de nodriza « normal », desleída en una prosa fluente y dulce como un panal de *camuati*. Un crítico autorizado comparó al señor Sastre con Bernardin de Saint-Pierre ; y á fe que, por la intensidad del pensamiento y la profundidad de la observación, el *Tempe* soporta la comparación con los *Estudios de la naturaleza* (1). En el estilo, encuentro menos analogía. — Con eso y todo el *Tempe argentino* tuvo más ediciones que el *Facundo*, — argumento supremo para un autor que había sido librero, — y en el candor de su alma « sencilla como su canoa », el émulo feliz de Santa-Olalla pudo creerse colega de Sarmiento.

(1) Por ejemplo, el análisis del « sistema gubernativo del camuati, análogo á la democracia, y por consiguiente muy aventajado al gobierno de las abejas », es tan completo en su género como la página de Bernardin (ÉTUDE XI) que muestra la bondad y previsión de la Providencia al crear « *les melons, qui sont divisés par côtes et semblent destinés à être mangés en famille* » ; y que concluye así : « *Les cocotiers au pied desquels il y a des maisons deviennent beaucoup plus beaux, comme si ces arbres utiles se réjouissaient du voisinage des hommes !* »

## V

Con la dirección del señor Tejedor, que duró desde el 14 de abril de 1853 hasta el 23 de octubre de 1858, puede decirse que termina el período crepuscular y casi legendario de la Biblioteca. Ya tomamos pie en la realidad administrativa, con documentos e informes anuales especialmente dedicados á la marcha del establecimiento. La organización es muy defectuosa aún; pero bastará la ley del desarrollo natural para que se perfeccione y complete paulatinamente. — El primer informe del doctor Tejedor, publicado en el *Registro estadístico* de 1854, contenía una reseña general y comparativa de la Biblioteca, cuyo sentido general es el que ya tenemos señalado: decadencia completa de la institución durante la década transcurrida, así en lo relativo á la asistencia cuanto al fondo bibliográfico. Según el último recuento practicado, el total de volúmenes entonces existentes era de 15.397 (1), vale decir muy inferior al del año de 1822. La concurrencia anual era de 1605 lectores. La ilustrada actividad del nuevo director no tardó en dejarse sentir para bien del establecimiento. Además de la catalogación incipiente, y de otras medidas de arreglo interno no menos indispensables, puso empeño en completar y regularizar la importante sección de publicaciones periódicas, cuya indigencia era tan lamentable que casi equivalía á su total ausencia. Procuró salvar de la ruina completa, por el aseo y la encuadernación, buena parte del fondo antiguo destruido por la polilla y el abandono: desgraciadamente, en este particular, el mal producido es poco menos que incurable, y muchas obras valiosas han quedado fuera de uso. Por vía de compra — á pesar de lo exiguo de los recursos — y por la donación, consiguió enriquecer algún tanto las varias secciones de

(1) Esta cifra ha de ser un poco inferior á la realidad.



la casa. Y si el doctor Tejedor había podido decir con verdad en su primer informe : « Nadie regala hoy á la Biblioteca ni ella compra obra alguna por falta de fondos » ; se modificaron felizmente condiciones tan deplorables, y en los cinco años de su administración pudo adquirir cerca de mil volúmenes nuevos (961), fuera de las publicaciones oficiales y periódicas.

No es dudoso que se acreció también la concurrencia de lectores. Si hubiéramos de dar entero crédito á los cuadros estadísticos correspondientes, ese aumento podría tenerse por milagroso — el milagro de la multiplicación — y contrario á todas las leyes del desarrollo gradual. Según dichos estados, la asistencia que no alcanzaba á 2000 lectores anuales, en 1854, saltó — *Natura non facit saltum* — á más de 8000 en 1856, manteniéndose en esta cifra hasta la salida del director Tejedor. No ha de ser verdad tanta belleza. Puede creerse que el jefe haya sido sorprendido por el exceso de celo de un subalterno. Lo curioso es que se reproduzca este doble fenómeno de flujo y reflujo en la siguiente administración : principio modesto — 1330 lectores — y, bruscamente, una inflación enorme y como febril : todo el mundo en la Biblioteca ! La cifra de 1500 lectores ha de corresponder al promedio exacto, que con el desarrollo admisible, llegaría á fluctuar al rededor de 2000, hasta la administración del doctor Quesada (1).

El doctor Tejedor tuvo que abandonar la dirección de la Biblioteca por haber aceptado el cargo de asesor de gobierno. Era ya diputado á la Legislatura y profesor de derecho criminal en la universidad. El jurisconsulto y publicista mostróse desde el origen muy superior al político ; y es permitido pensar que no fuera extraño á la solidez de su preparación jurídica, así en el libro como en la

(1) El informe para 1870 comienza así : « Nada podrá ser más agradable á V. E. en el informe anual de la Biblioteca, que el encontrar los datos que marquen el aumento de la concurrencia ». Debemos suponer que, para el doctor Malaver, aún más que los datos hubiera sido agradable la realidad del aumento. El señor Quesada rechaza con justicia todas esas cifras fantásticas, que tienden á extraviar la opinión con pretexto de no sé qué falso patriotismo.

cátedra y la tribuna, el período de recogimiento relativo que disfrutó en la Biblioteca. Pero llamábanle destinos más altos y expuestos á responsabilidades máyores. — En estas repúblicas, es imposible que cualquiera superioridad intelectual no remate en la política, como en la encrucijada central á que conducen todas las avenidas. No vivirían aquí impúnemente Pasteur ó Darwin, sin habérselas con algún ministerio ó presidencia de cámara ; como el poeta Mármol, que era estadista como un zorzal. Nuestra máquina política es tan perfecta, que contiene en sí misma su principio y su fin : toda la fuerza del generador se emplea en mover los complicados mecanismos de quince constituciones que dan vueltas en el vacío, — salvo encuentro ó interrupción, — y la función primordial de tantas ruedas y correas consiste en absorber el trabajo útil del generador. Es el triunfo de la mecánica irracional.

Abandonó, pues, el doctor Tejedor sus trabajos de jurisconsulto por las agitaciones de la política, á cuya arena le llamaban quizá sus antecedentes de juventud, pero no seguramente sus aptitudes. Más que un sabio ó un pensador, el verdadero político es por definición un « oportunista » : epíteto complejo y vago que parece encerrar todos los elementos opuestos á la rigidez de principios y firmeza de convicciones, la creencia en las teorías absolutas, al respeto de la conciencia propia y ajena. Un hombre que piensa, cree y obra al día — comido por servido : he ahí al político ! En suma, tales condiciones morales no son distintas de las que hacen al hombre de negocios, como que aquél no es otra cosa que un especulador en hombres, para quien la ley de la oferta y la demanda rige también esta mercancía. — Está visible que en lo moral, el doctor Tejedor no iba á ser un político al uso, y que estaba destinado á fracasar el día en que no le fijaran rumbo preciso los acontecimientos. Creo que se le ha aplicado — con pretensiones á la originalidad — un mote que ya no era nuevo á principios del siglo, cuando lo llevaba el ministro Barbé-Marbois : *un roseau peint en fer*. Si es exacto lo que de él se ha dicho y se induce de

su actitud en los sucesos, la definición no es feliz, y no parece que la flexibilidad de la caña sea el rasgo prominente de su carácter.

Al lado de las condiciones morales á que he aludido, la cualidad intelectual que resalta en el estadista, — y á ello se refiere sobre todo la palabra acuñada por Gambetta, — es el sentido de la actualidad : es decir, la visión de lo que, en cierta hora dada, tiene que resolverse para dirigir los acontecimientos, ó aparentar dirigirlos cuando nos arrastran, conservando el prestigio autoritario hasta en la sumisión. Como el ciclón aéreo, el torbellino político tiene su lado « manejable », para emplear el término preciso, que un piloto de raza acierta casi siempre á tomar : ello es cuestión de instinto aún más que de experiencia. — Tocóle al doctor Tejedor intervenir en varias evoluciones solemnes de la historia argentina, tan análogas en su fondo, que encierran aún más enseñanza con sus paralelismos que con sus contrastes. Después de firmar el convenio de San José de Flores, no parece que hubiera extraído experiencia alguna de Cepeda, ni más tarde de Pavón, ni aún de la revolución del año 74. Habíase producido tres veces y en condiciones casi idénticas el ciclón político ; tres veces lo habían atravesado vencedores y vencidos ; y los que tienen ojos para no ver y memoria para no recordar, no alcanzaron á descubrir que su lado manejable y salvador había sido siempre el de la nacionalidad. Las batallas son meros accidentes ; Cepeda y Pavón se hubieran repetido, á no corresponder al recto sentido de la historia. Lo que la primera significaba, era la imposibilidad para Buenos-Aires de ser al propio tiempo la capital orgánica del país y una parte independiente de este organismo. Cuando un amante repite la protesta de Ovidio : *ni sin ti ni contigo puedo vivir* (1), es muy sabido que sólo lo primero es cierto. En nuestro caso histórico, el epígrama era exacto en su totalidad : la Confederación no podía vivir sin Buenos-

(1) AMORUM, III. Eleg. XI. *Sic ego nec sine te, nec tecum vivere possum.* — Marcial lo ha copiado literalmente, XII, Epig. XLVII.

Aires, ni con él. Lo primero se demostró después de Cepeda, y lo segundo después de Pavón. Y como Buenos-Aires fuera un hecho orgánico y por lo tanto indestructible, de la incompatibilidad fluía la destrucción del hecho artificial. La Confederación había vivido : y Pavón fué el primer triunfo de la nacionalidad. Ignoro lo que valga militarmente esa batalla ; ahí no está la cuestión histórica, ni en su estrategia reside la grandeza del vencedor ; sino en las consecuencias nacionales é irrevocables que de ese acontecimiento supo extraer. La nación existía ; y tan sólidamente que, á pesar de los hombres y de las previsiones, la sangrienta protesta del año 74 no fué más que la confirmación de esa existencia. Así las cosas, ¿ cómo pudo desconocerse en 1880, después de seis años de experimentación nacional, el sentido real é irresistible de la corriente histórica, y creer que se podría luchar victoriosamente contra ese Destino que, según el verso clásico, ayuda á los sumisos y arrastra á los violentos ? — No se trata de aquilatar candidaturas, ni de buscar cuál fuera el valor propio del factor argentino que asestó el golpe final : era imposible la victoria, porque el éxito de una jornada decisiva tiene que ser la consecuencia, y no el desmentido, de veinte años de elaboración. El pronunciamiento del doctor Tejedor puso el *visto bueno* á la batalla de Pavón. — Pero, si no bastara esta breve reseña á demostrar lo que llamaré la *impermeabilidad* de esta naturaleza política, bajo otros aspectos distinguida y hasta superior, sería necesario leer el doloroso documento que, con el título de *Defensa de Buenos-Aires*, dió á luz un año después. Seguía no comprendiendo que Buenos-Aires, capital de la República, no necesitaba ser defendida ; y proclamaba hidalgamente la virtud de su dama, mucho después que el vencedor, al casarse con ella, le había conferido la más alta rehabilitación. — En esos días de Cepeda, precisamente (1), tomaba la redacción del *Nacional* un joven de veinte y

(1) La *Declaración* de Avellaneda, que encabeza la sección editorial, está en el número del 17 de noviembre de 1859.

dos años, cuyas primeras palabras contenían todo un programa de nacionalidad. Aquél era un verdadero estadista. Venía á ocupar el puesto de otro espíritu generoso é iluso ; y la sustitución de Juan Carlos Gómez por Nicolás Avellaneda, cobraba el significado profundo de un símbolo. *Ceci tuera cela.*

Desde 1880, el nombre del doctor Tejedor no ha sido pronunciado sino por la historia (1); casi podría la nueva generación ignorar que él vive aún. Bien sé que su ostracismo es en gran parte voluntario, y que no pide sino « la paz » de Dante, esa melancólica vejez. Pero también hay connivencia de sus conciudadanos en aquel largo aislamiento. Si Buenos-Aires le ha guardado rencor por su derrota ; si, en este país de todas las amnistías y de las indulgencias menos legítimas, sólo se tiene memoria para el recuerdo inexpiable de un error, conviene decir que se comete una injusticia. Ya no se trata propiamente de vida pública para un hombre nacido en 1818 ; empero un homenaje colectivo y espontáneo sería un acto de reparación, al par que de moralidad. No es bueno que la sola sanción del éxito parezca definitiva. No es bueno, sobre todo, para el ejemplo público, que, por una hora de ilusión que fué colectiva, se borren de la memoria argentina cuarenta años de servicios, de labor ilustrada, de intachable probidad. — Á falta de otro más significativo, reciba el noble anciano este testimonio respetuoso, que sale del establecimiento en que pasó los días más tranquilos y fecundos de su madurez.

## VI

Después de un pedagogo y un jurisconsulto, tocóle á la Biblioteca ser administrada por un poeta, y, á decir verdad, no fué ésta la peor de sus aventuras. Hemos visto ya que, por renuncia del doc-

(1) Escrito en 1892.

tor Tejedor, entró á sucederle don José Mármol, desde el 23 de octubre de 1858. Su larga dirección no fué señalada por memorables innovaciones, á que, por otra parte, se oponían las circunstancias difíciles en que se agitaba el país. He mencionado ya la marcha ascendente de la asistencia ; y, sin repetir las reservas que formulé respecto de esas estadísticas, es imposible desconocer el hecho general de un aumento graduado en el número de los lectores. Desde el año de 1866, por iniciativa del ministro Avellaneda, los jefes de repartición comenzaron á cumplir la disposición gubernativa que les ordenaba redactar anualmente una Memoria detallada de su especial administración. Así ha podido estudiarse sin interrupción la marcha del establecimiento y comprobar con datos oficiales su desarrollo real. Á la verdad, los informes anuales del director Mármol son un tanto pobres de lo que su ilustrado sucesor hubiera llamado « doctrina biblográfica », y que llamo sencillamente ideas generales. De lo que fuera en su conjunto la institución y de lo que debiera ser, sus enormes deficiencias, así en materia bibliográfica como en organización personal é interna : poco ó nada se aprende con la lectura de dichos documentos, que se parecen demasiado á un balance comercial. Comprobamos con satisfacción que se va regularizando la formación de colecciones periódicas, y que, por la doble vía de la compra y de la donación, se ha enriquecido notablemente el establecimiento. Pero quisiéramos también ver apuntar allí una tentativa de irradiación exterior, confiriendo á la Biblioteca un puesto, aunque fuera el más humilde, en el mundo de los bibliófilos. Los mismos testimonios oficiales del desarrollo material no nos dejan sin inquietudes. Según el inventario certificado de 1866, el número total de volúmenes existentes era de 18.740, incluyendo todos los impresos de cualquier tamaño. Pasaron cuatro años, con especificación de aumentos considerables, que, según las dichas estadísticas, alcanzaron á 1689 volúmenes, fuera de entregas y periódicos : y con todo eso, según el inventario publicado por el doctor Quesada, resultaría que el señor Mármol

sólo entregó 18.176 volúmenes á su sucesor (1). ¡ Era la biblioteca de las Danaides !

He aludido á la ausencia de toda consideración de conjunto en los varios informes producidos por aquella dirección : debo exceptuar, para ser justo, el correspondiente al año de 1870 — el canto del cisne : — allí se formulaba una proposición que tendía, « para remediar el mal » á deshacerse de toda la sección de teología, regalándola á cualquier convento. « De este modo la vida de los santos estaría en su lugar, y la Biblioteca tendría espacio por algún tiempo para colocar sus obras de ciencias, literatura y artes ». — No necesito decir que « la vida de los santos » representa la mínima parte de la sección proscripta. Pero, lo que no parece sospechar el ilustre autor de *Amalia*, es que ese fondo despreciado contiene precisamente, además de muchas otras cosas, la « ciencia y la literatura » de la edad media ; de suerte que, en el auto de fe liberal imaginado por nuestra poeta, lo que iba á desaparecer era la historia documentaria del espíritu humano durante cinco ó seis siglos! — La teología contemporánea, de Gousset ó Lehmkuhl, es una calabaza vacía. Pero la medieval congloba la filosofía escolástica que comienza con Juan Scoto Erígena y San Anselmo, para continuarse en Abelardo, Pedro Lombardo, y, después del trasiego judeo-arábigo de Aristóteles, florece magníficamente en los siglos XIII y XIV con Hales, Alberto Magno, Tomás de Aquino, y la escuela franciscana de Buenaventura y Duns Scot ; para rematar, con Raymundo Lulio y Ockam, en los umbrales de la edad moderna, y allí transmitir al Renacimiento la sagrada antorcha, gracias á ella nunca apagada, de la antigua sabiduría. Esa teología, que avasallaba á la filosofía — *ancilla theologiae* — la comprendía toda entera ; es decir que representaba, bajo formas bárbaramente artificiales, la suma y la esencia del espíritu humano en lo pasado, como las representan en

(1) Según el inventario de 1872, las existencias alcanzaron á 20.104 volúmenes : deduciendo 1928 volúmenes introducidos durante la dirección Quesada, quedan 18.176.



lo presente las especulaciones totales de Kant, Hegel, Schopenhauer, Comte y Spencer, y, bajo otro aspecto, recolecciones como el *Cosmos* y las Enciclopedias. — Y esto, sin hablar de la exégesis sagrada, de toda la patrología griega y latina, de los *Acta* de los Bollandistas — ya que á tientas hablaba de « Vidas de santos » — y de otros tesoros inapreciables de la erudición, que ese niño terrible del romanticismo quería desterrar á pretexto de liberalismo. ¡ Cómo se ve que nunca pudo probar esa fruta prohibida ! Nuestra sección de teología, con sus magníficas ediciones de santos Padres, de escolásticos, de concilios, de biblias, — entre ellas la *Políglota*, que hemos hecho encuadernar con el lujo que se merece, — con sus comentadores antiguos y modernos, desde San Agustín hasta la reciente *Enciclopedia religiosa* de Lichtenberger : es la base noble de la Biblioteca, la parte que, unida á nuestros viejos tratados de ciencia é historia, la salva de la vulgaridad completa que revestiría con proveerse tan sólo de la mercancía novedosa ó utilitaria, adquirida en los escaparates del comercio.

Pero, no seamos muy severos para ese hombre de bien y ardiente patriota, cuya accidentada vida fué el verdadero poema que no supo escribir, sino por páginas sueltas y breves fragmentos. La culpa mayor en sus dislates críticos y oratorios pertenece á la organización social, incompleta y provisoria, de que antes hablé, y según la cual la vida pública es el fin y la consagración de todas las notoriedades. Mármol fué escritor y orador político, diputado, senador, casi ministro, lanzándose á las discusiones más especiales y técnicas, tendiéndose á fondo en el asunto más extraño á sus aficiones, con admirable intrepidez. Su falta de preparación era enciclopédica ! Pero, como el canario recién incitado á trinar cuando la plática es más ruidosa y confusa, él se sentía tanto más dispuesto á acometer la discusión, cuanto más ignorante de la materia tratada. Han quedado célebres algunas de sus salidas á « Puerto Lapice », como su improvisación en el Congreso sobre las leyes mecánicas de la tracción de los ferrocarriles. Hubiera discutido con Burmeis-

ter sobre zoología, lo mismo que rebatía á Vélez Sarsfield sobre derecho. « Si no sabe, no se meta ! », soltóle un día el terrible cordobés. ¡ Quedar callado ! No hablar ni escribir sino de lo que se tiene estudiado : el remedio era heroico, y recetable á muchos otros que Mármol. ¡ Qué calma profunda, entonces, qué silencio de oro en el Congreso y fuera de él !

Temo que no me será fácil hablar con equidad de la literatura de Mármol, aun apartando de todo examen su teatro y sus *Pensamientos á Teresa*, que son francamente ilegibles. Paréceme que el poeta de las *Armonías* y novelista de la *Amalia* se había formado de la poesía, el concepto que considero más inexacto y trivial. Donde buscamos nosotros una concentración del sentimiento, intensa y rápida como un *Lied* de Heine, ó sugerente y musical como un ensueño de Tennyson, procuraba él un efecto oratorio, un desarrollo temático, un impulso á la acción política y social. Su ideal del poeta era el « bardo », el « profeta visionario » que posee la palabra del problema eterno y el secreto del porvenir : en suma, una reproducción de esas actitudes pontificales de Victor Hugo, que el mismo genio no salva siempre de la ridiculez. Y Mármol no tenía genio. — Además, — y la crítica pasa ahora muy por cima de su cabeza inocente, — reprocho á la raza latina el confundir á menudo la poesía con la elocuencia y el buen decir. De ahí, toda esa literatura rimada de invocaciones, poemas didácticos, yambos satíricos y epístolas morales, discursos, contemplaciones y meditaciones filosóficas, que tantos estragos han hecho en liceos y ateneos. Nosotros, latinos, somos ante todo oradores (1) ; los del norte, son los poetas. Y, en la balanza de la poesía universal, es posible que todas las odas á lo Quintana pesen menos que una estrofa del *Intermezzo*.

Prodújose ha medio siglo una extraña explosión de lirismo. La aparición simultánea de cuatro ó cinco poetas de genio (2) esparció

(1) El genio escapa á toda definición genérica.

(2) La influencia « latina » de Gœthe y Byron fué tardía y coincidió con el romanticismo francés.

por el mundo una gran ilusión; creyóse en la soberanía intelectual de la imaginación literaria. Esos países de asimilación cubriéronse de Childe-Harolds con capa española, desesperados y consumidos. Parecía que la estrofa fuera la fórmula del porvenir. Todo eso está desvanecido, y, entre las cosas enterradas, ninguna más profundamente que el romanticismo. Ahora parece sueño el caso de Lamar-tine, ministro de Negocios extranjeros y casi presidente de la República. Esa llamarada suprema era un adiós; y no es probable que vuelva á cruzar nuestro cielo, tanto cometa de imperceptible núcleo con rutilante cabellera.

En su esencia, la poesía subjetiva es inmortal: es el sentimiento de individuación del hombre respecto del mundo, la conciencia obscura y dolorosa de su aislamiento en el concierto universal; el antagonismo de un pensamiento infinito dentro de una organización enfermiza y fugaz. En su mismo paso efímero sobre la haz de la tierra, el ser humano se sobrevive fatalmente. Mientras, en torno suyo, todo subsiste ó resucita, él ha visto morir sus esperanzas y sus amores; y el hombre maduro es el sepulcro de su propia juventud. Por eso, la nota fundamental de la poesía moderna es la tristeza incurable, la ausencia de un algo nunca visto, la punzante nostalgia de lo pasado, que es la ausencia en el tiempo — el pesimismo. Tal es la substancia poética, eterna como el alma humana, pero en cuya definición no cabe esa falsa poesía objetiva y decorativa, verdadera parásita de la imaginación: la pintura de Veronese en consonante. En fin, y sobre todo, su expresión no requiere necesariamente el molde estrecho del verso ni su ritmo mezquino y convencional (1). Para pensar y expresar lo bello, el hombre moderno tiene la ciencia, la filosofía, la historia, la novela; acude á la mú-

(1) Tan es así, que la mayor parte de los poetas que leemos y citamos no se comunican con nosotros sino por el pensamiento, como prosistas. Casi nadie *siente* el ritmo de una lengua extranjera; y por eso abundan esas traducciones en verso, parodias del original, que comienzan con cambiar el ritmo y equivalen, desde luego, á transcribir un *adagio* en compás de *allegretto*.

sica para balbucir su turbación profunda ante el misterio de su destino. — Como en esos caminos de la sierra andina, cortados en la barranca del río, y que se estrechan cada día entre el desplome de la roca y la erosión de la corriente, la poesía escrita tiene que extenuarse fatalmente bajo la doble absorción de la ciencia y de la música. ¿Qué representan ya sus tentativas filosóficas ó descriptivas, al lado de una síntesis viril de Spencer, de un capítulo de Renán, de una deslumbrante figura de Flaubert? ¿Qué vale su pobre lira tetracorde, su ritmo melódico con el ensayo impotente de la consonancia repercutida, al lado del torrente armónico de la sinfonía musical? — La múltiple selección de la ciencia, de la filosofía, de la historia, de la música, agotará la probabilidad del gran poeta futuro. Si nace un Goethe en el siglo veinte, resultará un Geoffroy Saint-Hilaire; si un Shelley, vendrá á ser un Schumann más exuberante y audaz. Lamartine no tendrá sucesor en el arte, como no lo tuvo en la Academia. El juego anticuado del ritmo y del consonante no desaparecerá brusca ni absolutamente: quedará pululando en las literaturas artificiales y regresivas; en las otras será tan sólo un pasatiempo refinado y arcáico, como el latín de los epitafios. Podrán engastarse en un soneto, un pensamiento nuevo, una metáfora feliz; por lo que respecta á poemas épicos y descriptivos, á dramas en verso y odas friamente delirantes, — conservarán siempre lectores estudiosos los antiguos, pero los nuevos que se escribieren no tendrán influencia apreciable ni alcanzarán audiencia general.

La poesía en verso era la nave antigua con su proa esculpida y encorvada en pétalo, con su blanca vela henchida y palpitante como un seno de mujer, que jugaba ó luchaba con la brisa ó el vendaval, remedando en su perfil agraciado la fuga sinuosa de la ola. La que llevara en otros siglos, de pueblo á pueblo, el saber, la riqueza, el progreso reciente, no será de hoy más sino el esquife de recreo ó la barquilla del pescador. La ha reemplazado el vasto buque de hierro, depósito de electricidad y vapor, que parte la marejada

y desdeña al huracán; cuya marcha potente, sustituyendo al capricho del viento su propia fuerza interna, y á la ráfaga inconstante el cálculo del potencial, pasa en la noche del océano con un rumor de tormenta y dejando un reguero de estrella fugaz. Este monstruo de acero con su ojo encendido de cíclope, no ya el bajel de Ulises que se mecía al cantar de las sirenas, será el gran factor del progreso moderno y el mensajero de la civilización...

No hay que decir si Mármol creía en la «misión social» del poeta; ha escrito todo un drama para demostrarla, y su obra entera es una amplificación de ese asunto pueril. No lo había agotado en la vejez; y, en un prefacio que figura entre sus últimos escritos, después de evocar las clásicas epopeyas, á propósito de «Anastasio el Pollo», desenvuelve otra vez su «tema» favorito: á saber, que la obra maestra de la poesía es la *Marsellesa*, ó el himno de López, —ó acaso la invectiva á Rosas,—y que los tiempos menguados que siguieron á Caseros no podían sino producir versos sentimentales y mórbidos—como los de Estanislao del Campo! ¡Inmensa verdad, que se evidencia con sólo recordar la indigencia inenarrable del arte contemporáneo de Marengo y Austerlitz! En cuanto á la eficacia militar de los himnos guerreros, ¿no os parecería más lógico predecir la victoria al ejército provisto de los mejores músicos?

Como siempre sucede cuando el artista se torna crítico, Mármol erigía en teoría general sus preferencias y aptitudes. Sentía que de su obra fragmentaria no quedaría, para los futuros «Parnasos», más que su vigorosa imprecación. De la envejecida *Amalia*, no es ya soportable sino lo que menos nos interesaría en el robusto Walter Scott ó ese prodigioso hilvanador de Dumas: la parte realmente histórica de Rosas y su tiempo. Si hé de hablar de su estilo en prosa y verso, me parece una mezcla de énfasis pretencioso y abrigantada vulgaridad, sobre cuya trama común se destacan algunos bordados de dibujo feliz y rico colorido. Por otra parte, hay tan poca originalidad en el concepto como en la expresión: son ecos y reflejos del romanticismo español, el cual procedía

de Inglaterra y Francia. La imitación de Byron, Hugo y Lamartine es allí tan frecuente como en las peores páginas de Echeverría; y por lo que respecta á la de Espronceda y Zorrilla, casi equivale á una colaboración. En la misma célebre pieza *Á Rosas*, en que la indignación le levanta del suelo, prestándole aliento y verdadera inspiración: al lado de versos soberbios y vaciados en bronce (1) ¡cuánta impropiedad en la imagen y embarazo en la dicción! Tuvo predilección por ese verso alejandrino, más francés que español, muy inferior al flexible endecasílabo, y cuya pesada monotonía pide un arte acabado para la elección de los vocablos y la alternancia de los dáctilos. Su habilidad técnica era tan rudimentaria como su gusto. No se conoce de él una estrofa perfecta, de esas que suele acertar cualquiera poetilla de salón. En su inconsciencia, apareja á un verso elegante y brioso, otro incorrecto y mal nacido, ripio que pelea con surima recalcitrante. — También hay algo de eso en Echeverría; pero salvado casi siempre por no sé qué soltura y espontaneidad nativas: por un golpe de ala que le llevaba por cima del pantano. Tampoco éste sabía caminar; pero volaba cuando quería. Era de la raza divina; y, á pesar de todo, queda su *Cautiva* tan superior al *Peregrino*, como una flor de la pampa á su remedo de papel.

Los porteños, con todo, conservarán de José Mármol un recuerdo melancólico, porque amó á su Buenos-Aires por sobre toda cosa en el mundo, y ella, cuando «sentada y sola como viuda», necesitaba ser amada. La quiso en verdad como un amante; no sé qué monumental «Teresa» de cal y canto, cuya profanada belleza recordaba en el destierro con enternecimiento; y sus feroces invectivas al verdugo revelan el resentimiento desesperado y dolorido de su pasión. Por eso su fama vivirá más que sus versos entre su gente; y, por mucho tiempo aún, su nombre nadará sobre el olvido, señalando, como boya flotante, el lugar mismo donde su obra se sumergió.

(1) Por ejemplo:

« Cuando en tu rudo labio tu pensamiento vibra  
Y en pos de la palabra la puñalada va! »

## VII

Era ya el doctor don Vicente Quesada un abogado y publicista de notoriedad, cuando, por fallecimiento del señor Mármol, tomó la dirección de la Biblioteca pública, el 23 de septiembre de 1871.

Para dedicar toda su actividad á estas nuevas funciones, interrumpió la publicación de la *Revista de Buenos-Aires*, que había fundado en 1863, con el doctor Navarro Viola. Con la *Revista Argentina* de José Manuel Estrada, aquella debe tenerse por la tentativa más seria hecha en el país (1), para aclimatar esa forma periódica, que participa del libro por su materia y del diario por su actualidad. No hay que recordar la parte que cabe á las revistas europeas en el moderno movimiento intelectual. Desgracia ha sido el que ninguna publicación análoga pudiera implantarse sólidamente en esta tierra movediza y fofa. Todas han sucumbido, á pesar de las condiciones económicas de su elaboración. Tal vez estas mismas condiciones sean una de las causas del fracaso. La *Revue des Deux-Mondes*, como todas las publicaciones similares que han alcanzado éxito, tiene una base industrial: quiero decir que su director la considera ante todo como una empresa; él gobierna pero no colabora; le basta saber juzgar las producciones como un comerciante aprecia los productos. No es el objeto de una revista dar salida á las lucubraciones del fundador ó de sus amigos, sino satisfacer al público, que se interesa muy poco por conocer las relaciones de la dirección con la colaboración. Lo que quiere el subscriptor es que la mercancía sea variada y buena; y la mercancía intelectual tiene un valor venal generalmente correspondiente á su calidad: las excepciones confirman la regla. En nuestros países de

(1) Creo que la *Revista del Río de la Plata* puede considerarse como la continuación de la *Revista de Buenos-Aires*.



hidalgos, se ignora lo que sea remuneración del escritor. Las revistas se alimentan con la prosa de sus directores ó la colaboración gratuita : de ahí ciertas condiciones casi inevitables de monotonía é inferioridad ; pues, á la larga, el promedio de lo que se da de balde, no vale mucho más.

La *Revista de Buenos-Aires*, ceñida á su programa, se mantuvo casi exclusivamente con la literatura, historia y bibliografía de la tierra. La colección forma un conjunto de datos y apreciaciones casi indispensable para el estudio de estas regiones sud-americanas. Allí se dieron á luz, entre multitud de documentos inéditos extraídos de la Biblioteca y el Archivo, muchos trabajos originales de Juan M. Gutiérrez y los ensayos del doctor López sobre filología y etnografía del Perú. — La colaboración del director Quesada revela una fecundidad asombrosa : la lista de la mitad de sus artículos ocupa tres columnas compactas del índice. Historia, crítica, literatura imaginativa, derecho, educación, bibliografía : todo lo embestía con una facilidad risueña, que parecería increíble á los artistas ó pensadores de producción limitada y angustiosa. Además de sus artículos y de sus notas oficiales, que ha recogido en volúmenes, el doctor Quesada ha publicado veinte libros sobre los territorios argentinos del extremo sud, la cuestión chilena, tradiciones americanas, impresiones de viaje, etc. ¡ Es el único productor que podríamos oponer al chileno Vicuña Mackenna ! — Desde nuestro punto de vista bibliográfico, merece mención especial una reseña de las principales bibliotecas europeas, que alcanza las proporciones de un octavo mayor de 650 páginas. Desgraciadamente, no ha sido publicado aún el segundo tomo, sobre las bibliotecas de la América latina, que hubiera contenido alguna novedad.

Esa producción enorme del doctor Quesada no revelaba únicamente las pretensiones modestas del escritor : era indicio de una actividad bibliográfica y administrativa que iba á encontrar en la Biblioteca un campo casi virgen para explotar. Como dije ya, ha recogido cuidadosamente en volumen las cuatro Memorias anuales

que, acerca de su laboriosa administración, elevó sucesivamente al gobierno de la Provincia, sin dejar extraviar una sola nota oficial con su correspondiente respuesta. Allí, más que en los registros ó índices de clasificación, puede tomarse una idea de su acción infatigable. Si han podido parecernos un tanto sucintas las Memorias del señor Mármol, no merecerán el mismo reproche las de su sucesor.

Acaso podría encontrarse en esas páginas oficiales cierta exuberancia del autor poseído por su materia. Se atribuye á las « reglas bibliográficas », á los sistemas de clasificación y á la « biblioteconomía » — para emplear una palabra que Zinny hallaría breve — una virtud un poco desproporcionada con su eficacia real. El doctor Quesada « cumple con el deber » de exponer al señor ministro — era el doctor Malaver — todo lo que acerca del tamaño y formato, subscripción y justificación de los impresos han asentado los « tratadistas ». Está inagotable en citas de Brunet, Constantin, Cousin y demás profetas de esta teneduría de libros trascendental... Sabido es que tales materias poco tienen que ver con el gusto; por otra parte, ese ligero acceso de bibliomanía está más que compensado por la conciencia y el celo con que el nuevo director desempeñó sus deberes profesionales.

Pero la gran mejora llevada á cabo durante la administración del doctor Quesada, — puesto que la propuso como director y la hizo ejecutar como ministro de gobierno, — es la construcción é instalación completa de la actual sala de lectura, que se realizó durante los años de 1877 y 78. Esta obra relativamente considerable representó una transformación del establecimiento, y su incorporación, puede decirse, en el número de las bibliotecas modernas verdaderamente dignas de este nombre. El salón central, que fué construido en terreno desocupado y sin detrimento de las antiguas salas de lectura y depósito, es, desgraciadamente, de proporciones un tanto exiguas; pero, con su luz vertical, sus cuatro pisos con balcón corrido y escaleras angulares para la fácil comunicación,

con sus armarios de vidriera y su amueblado cómodo y de gusto sobrio, constituye una instalación confortable y decente que deja muy poco que desear. La división material del salón correspondía naturalmente á las cuatro grandes secciones de la Biblioteca : en cada estantería circular se colocaron, pues, las obras más importantes ó usuales de la respectiva sección ; de suerte que la numeración corrida permite hallar tan fácilmente el libro buscado, que el empleado reciente adquiere en pocos días la práctica de su oficio. Esa organización, que en lo fundamental ha quedado subsistente, es obra del director Quesada, y, conjuntamente con las otras innovaciones que de paso he apuntado, señala en los anales de la Biblioteca un puesto de honor á su laboriosa é ilustrada administración.

La dirección del señor don Manuel Ricardo Trelles, nombrado el 17 de abril de 1879, se prolongó hasta la cesión del establecimiento al Gobierno nacional, en 1884, y fué también marcada por numerosas mejoras de orden bibliográfico y material. Fuera de las atenciones estrictamente señaladas por la índole de la institución, es natural que cada director, dedicado por entero á su desarrollo, imprima cierto carácter personal á su actividad. El predecesor había sido ante todo un propagandista ; el actual, archivista por sus aficiones y antecedentes, se aplicó preferentemente al ordenamiento y complementación del fondo americano, continuando en la *Revista de la Biblioteca* la publicación de documentos históricos que había iniciado en la *Revista del Archivo* y en diversas obras personales que diera á luz. Abajo del grupo privilegiado de los pensadores originales, que sintetizan los hechos particulares en grandes leyes filosóficas, pintan el cuadro de una evolución social ó imprimen dirección á un arte ó una ciencia ; después de esos espíritus eminentes á quienes tributamos nuestra admiración, debemos conservar aprecio y agradecimiento por los infatigables investigadores de datos y documentos, que consagran su vida al establecimiento minucioso de la verdad, preparando así, con su labor

modesta, la obra de los primeros. En este orden utilitario de la producción intelectual, merece ocupar un rango muy estimado el honrado argentino á quien dedico estas líneas.

Su larga existencia (nació en 1821) fué consagrada á la historia americana en todas sus manifestaciones políticas ó etnológicas: documentos oficiales, manuscritos privados, memorias, historias, exploraciones y relaciones de viaje, numismática; todo lo había escudriñado con ardor y sagacidad. Su entusiasmo no se detuvo ante las manifestaciones, á veces un tanto ingenuas, del arte ó del gusto nacional; y se dice que su galería de pinturas era especialmente rica en obras que llamaremos documentarias: de personajes y asuntos americanos. Así como no es probable que sacrificara una carta del virrey Vértiz por un manuscrito de Shakespeare, es muy dudoso que hubiera aceptado una geórgica de Millet en cambio del retrato de Matorras, primer explorador del Chaco, « pintado por su sobrino »! Es la pasión del anticuario, respetable como todo lo que es sincero. Y, á este fervor de exhumación, debemos una serie de publicaciones, cuya utilidad inmediata ó futura no se debe discutir. Organizó la primera estadística correcta de la provincia de Buenos-Aires, publicando un *Boletín* semestral, cuya colección, de 1856 á 1872, no forma menos de 16 volúmenes. Sus estudios documentados de nuestros límites con Chile, Bolivia y el Paraguay, representan una suma de valor enorme y un servicio considerable prestado á su país. Su Índice del archivo del gobierno de la Provincia ha sido el primer hilo conductor en ese laberinto. Hemos mencionado ya las dos publicaciones periódicas, cada una en 4 volúmenes, que señalaron su doble administración del Archivo y de la Biblioteca: constituyen un verdadero tesoro de materiales auténticos; y no hay historiador que no deba agradecerle el tiempo y el trabajo empleado en tan ímproba tarea. En numismática, por fin, son tanto más meritorios sus laboriosos ensayos de clasificación, cuanto que no pudo adquirir en su país y época la preparación científica que guía al investigador, en esta rama auxiliar de la historia.

Tocóle como bibliotecario dar cima á las útiles reformas del director antecedente é inaugurar el nuevo salón de lectura, clasificando provisionalmente las 8699 obras entonces distribuidas en sus cuatro secciones. Esta instalación permitió, además, repartir en las estanterías disponibles gran copia de obras encajonadas ó diseminadas en el local. También se dió colocación y arreglo conveniente á las importantes colecciones de periódicos, encuadernando no pocos volúmenes en el taller del establecimiento. En tanto que seguía su curso la obra de organización, se acrecían anualmente las existencias bibliográficas, llegando su aumento á representar, en los cinco años de esta administración, un total de 3386 volúmenes, de los cuales 2402 procedían de compra y 984 de donación. En este número no figuran los manuscritos, entregas, periódicos y mapas que suman una cantidad considerable. Además, debe tenerse en cuenta que, durante aquellos años, el canje con el exterior era casi nulo, y hasta las publicaciones oficiales de la Nación se conseguían con dificultad. El señor Trelles demostraba con razón gran empeño por completar las colecciones de periódicos americanos, y especialmente argentinos. Logró así restablecer algunas publicaciones muy importantes en su integridad, al propio tiempo que regularizaba en lo posible la recepción de las actuales. En otra reseña especialmente bibliográfica, volveré sobre esta faz interesante de la Biblioteca. Del inventario general, practicado en 1882, resultó que la Biblioteca poseía entonces 32.600 volúmenes impresos, de todo formato é índole (1). Algunas divergencias entre los inventarios totales y las cifras que procederían de los aumentos sucesivos, provienen de no incluirse en éstos las entregas que forman volúmenes después de la encuadernación.

La concurrencia de lectores continuó al principio la misma marcha ascendente, después del período de vacilación que siguió á la clausura del establecimiento, por las causas ya señaladas. Los cua-

(1) El total de volúmenes impresos alcanza actualmente (1896) á 80.000.

datos estadísticos de los dos primeros años dan las cifras siguientes : 6953 en 1880 y 7715 en 1881. En el año de 1882, la asistencia descendió á 6271, hasta que en el de 1883, que puede considerarse á este respecto como el último de esa administración, no fué sino de 5898 lectores. Es notable esta disminución de 1817 lectores respecto del año de 1881. En su memoria anual, el señor Trelles la atribuye al desarrollo de algunas bibliotecas existentes, y especialmente á la llamada «Biblioteca popular del Municipio ». Si la explicación es exacta, debemos atribuir la reacción que se ha producido en estos últimos años, al hecho de haberse enriquecido la Biblioteca con obras que los lectores necesitaban y no hallaban en dicha biblioteca popular.

Tales son los rasgos principales de esa laboriosa administración, que fué digna de su antecesora. Producida la nacionalización del establecimiento, como consecuencia inevitable de la ley de la Capital, el señor Trelles no creyó compatible el nuevo carácter de su cargo con su situación personal respecto del gobierno de la Nación. Por su fondo y su forma, la renuncia que presentó no podía dejar de ser aceptada. Fué nombrado en su reemplazo el doctor don José Antonio Wilde.

Era lógico que, al declararse Buenos-Aires capital de la República, quedaran incorporados á la nueva jurisdicción los tres establecimientos contiguos, y de carácter tan esencialmente nacional como el Museo, la Biblioteca y el Archivo. Concordes en el fondo de la cuestión, ambos gobiernos nombraron comisiones encargadas de realizar esta cesión, con arreglo á los antecedentes históricos existentes y á los principios de equidad y conveniencia general. Componían la comisión nombrada por el Gobierno nacional los señores teniente general don Bartolomé Mitre, doctor don Andrés Lamas y doctor don Amancio Alcorta ; representaban al Gobierno de la provincia los señores doctores don Aristóbulo del Valle, don Juan José Romero y don Francisco P. Moreno. Como era de esperarse, se concluyó el convenio sin dificultad : justipreciado el valor venal



de las pertenencias de la Biblioteca, y reservadas, además de las colecciones de documentos provinciales, «las que formaban las *Revistas* del director Trelles y los cuadros del futuro museo de pinturas», la comisión provincial hizo entrega del establecimiento á la nacional, el 9 de setiembre de 1884.

El doctor don José Antonio Wilde inauguró la era nueva de la institución, que pasaba á ser Biblioteca nacional. Organizado el personal del establecimiento, por decreto de 5 de octubre del mismo año, el director sometió á la aprobación del Ministerio un proyecto de reglamento que fué declarado vigente en diciembre de 1884. Con decir que le sorprendió la muerte, en su residencia de Quilmes, poco más de un mes después, el 14 de enero de 1885, queda entendido que no tuvo tiempo para dejar más rastro de su paso por la Biblioteca. Su muerte fué tan sinceramente sentida como había sido respetada la existencia de ese hombre de bien, que, además de un educacionista ilustrado, era un escritor lleno de soltura y amabilidad. Nació en Buenos-Aires, en 1813, y era hijo del conocido ciudadano inglés don Santiago Wilde, que se estableció definitivamente en este país á principios del siglo, y fué uno de los organizadores de la hacienda pública y el fundador del *Argos*, en su primera y breve existencia. El doctor José A. Wilde ejerció durante muchos años la medicina en su ciudad natal, no sin alternar sus ocupaciones profesionales con sus aficiones de escritor. Además de varios trabajos de colaboración en la prensa de Buenos-Aires, publicó numerosas obras didácticas; entre éstas han quedado populares un *Silabario argentino* y su estimable *Compendio de higiene pública y privada*. Se estableció en el pueblo de Quilmes, poco después de la batalla de Pavón; y, por su espíritu progresista, su propaganda educativa y su incansable abnegación como médico de ese municipio, dejó allí recuerdos duraderos entre todo el vecindario, que asistió conmovido á los funerales de su bienhechor. Fué en ese retiro tranquilo, al acercarse los años pensativos de la vejez, donde escribió la obra agradable é instructiva que quedará como



su mejor título literario. El libro de recuerdos que dió á la luz en 1881, con el título de *Buenos-Aires desde setenta años atrás*, es excelente en su fondo y forma, por la sinceridad del acento, la exactitud de los bosquejos y la ausencia de pretensión en el estilo. Es lástima grande que el autor no le haya completado, con otra serie de recuerdos más preciosos y minuciosos aún. Nada más provechoso y ameno que esas *Memorias de un setentón*, como Mesonero Romanos tituló á su mejor obra; esas reminiscencias de un testigo de vista, cuando sabe el lector que puede confiarse á su memoria y á su buena fe. Tanto por su mérito real, como por la carencia de obras similares entre nosotros, el libro del doctor Wilde ha de ser por mucho tiempo leído y acaso reimpresso; y esta discreta fama póstuma será el digno complemento y la recompensa de toda una vida de modestia, trabajo y honradez.

Por decreto del 19 de enero de 1885, el que escribe estas líneas fué nombrado director de la Biblioteca nacional.

P. G.